

---

---

# **La Revista de Santander**



**1931**

**Número 5**

**Tercer tomo**

## S U M A R I O

Págs.

---

TOMÁS MAZA SOLANO: <i>El autor de «Costas y Montañas» en la Historiografía Montañesa</i>	193
FRANCISCO CUBRÍA SAINZ: <i>Trípticos de la Montaña</i> . . . . .	202
LUIS TORRE-QUEVEDO DEL HOYO: <i>Acróstico en aspa.--Romancillo del encuentro.--La barca joven</i> . . . . .	214
ANTONIO BOTÚS POLANCO: <i>Sotileza</i> . . . . .	216
NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ: <i>Un centenario de 1931</i> . . . . .	221
VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA: <i>El sueño de Juan de Hoznayo</i> . . . . .	225
IGNACIO ROMERO RAIZÁBAL: <i>Oda a Torrelavega</i>	233
JOSÉ MARÍA C. RODRÍGUEZ-ALCALDE: <i>Libros de nuestra Montaña</i> . . . . .	235

# La Revista de Santander

1931

Tercer tomo

Núm. 5



## EL AUTOR DE «COSTAS Y MONTAÑAS» EN LA HISTORIOGRAFÍA MONTAÑESA

(Continuación)

### 3) LA ÉPOCA DE ESCALANTE Y LAS DISTINTAS ACTIVIDADES EN EL CAMPO DE LA HISTORIOGRAFÍA

La biografía de don Amós de Escalante, otro de los temas del Certamen, nos señalará, sin duda, con toda precisión los momentos dignos de estudio de la vida de este ilustre escritor santanderino, desde que nace el 31 de marzo de 1831 hasta su muerte acaecida en la noche del 6 de enero de 1902. Allí podrá estudiarse toda la producción literaria de Escalante: sus primeras poesías y artículos publicados en *El Semanario Pintoresco*, en *El Museo Universal*, en *El Correo de la Moda* y su colaboración en *La Época* a partir de aquel romance

«Yo el menor hijo de todos...»,

publicado el 21 de diciembre de 1858, así como en los demás periódicos o revistas que engalanaban sus páginas con la brillante prosa o los muy atildados versos del peregrino ingenio santanderino; sus libros, el primero de los cuales, *Del Manzanares al Darro*, sale a la luz en 1863 y al que sigue al año siguiente *Del Ebro al Tíber*.

Para el objeto y plan de este modesto trabajo basta el estudio de una parte únicamente de la producción de Juan García: las páginas que dedicó tan eximio autor a esclarecer o divulgar la historia de la provincia.

La vida literaria de la Montaña en la época de Escalante (que es precisamente la de Pereda y Menéndez Pelayo, Assas y don Angel de los Ríos), destácase de modo extraordinario, y ha sido estudiada por más de un escritor, aunque en parte solamente y refiriéndose en especial a las producciones literarias propiamente dichas; pero está todavía sin estudiar, por extenso y como se merece, lo que a esa época debe la historia de la provincia hasta llegar al momento presente.

Dejando para otra ocasión el tratar con la requerida amplitud tema tan interesante, baste a nuestro propósito hacer un resumen o síntesis o acaso mejor una mera enumeración de alguno de los capítulos que deben formar ese extenso estudio de que a la hora de ahora se carece.

Seis nombres, Menéndez Pelayo, Assas, Escalante, don Angel de los Ríos, don Eduardo de la Pedraja y don Gervasio Egualas Fernández, claro es que no todos igualmente destacados en el campo de nuestras letras regionales *son sin duda, los que representan y promueven aquella actividad*, en los distintos aspectos en que cabe considerarla, que en la segunda mitad del siglo XIX se observaba en la historiografía de la Montaña; y esos nombres pudieran ser los títulos de otros tantos capítulos que formaran buena parte del estudio a que hacemos referencia.

Unos trabajaron en la formación de bibliotecas y en la preparación de colecciones ordenadas y metódicas donde deberían tener cabida los fondos documentales y bibliográficos de la historia de la provincia de Santander, cuyos archivos, al igual que en las demás provincias españolas, habían sido poco antes aventados por el huracán de las leyes desamortizadoras; otros dedicaban su actividad a escribir la historia de la Montaña, ya en forma monográfica, ya de modo general, atendiendo especialmente a la exposición y comentario de los documentos o a describir, en forma primorosa y bella, como tejido de pulida filigrana, ciudades y villas, pueblos y aldeas de nuestra tierra y los acontecimientos que en ellos tuvieron lugar en pretéritos días. Y para dar unidad a esos trabajos, para fomentar más y regular todo aquel movimiento que se observaba en las letras montañesas, para construir el verdadero monumento a Cantabria, del que se hablaría años más tarde, un joven recién salido de las aulas, pero con el dominio de los métodos científicos de toda investigación y todo trabajo intelectual, y aureolado ya por los primeros resplandores de la gloria que a los pocos años coronaría su frente, trabajaba con tesón y verdadero ardor juvenil en la formación de una *Sociedad de Bibliófilos Cántabros* que diera a las prensas las producciones de la mentalidad de nuestros historiadores y poetas, novelistas y traductores, a la par que aquellas fuentes documentales, precisas y de fundamento para la elaboración del edificio de nuestra historia regional.

Era, claro está, don Marcelino Menéndez y Pelayo quien pretendía

este objeto y quien buscaba la unión de todos para un trabajo colectivo y de método, y eran don Eduardo de la Pedraja y don Gervasio Egurrolas Fernández los que iban reuniendo o copiando papeles y pergaminos, libros y folletos que guardasen relación con la historia provincial; y entretanto don Manuel de Assas, después de publicada en 1867 su *Crónica compendiada*, preparaba la *obra grande*, aquella que se nutría de los fondos documentales de los archivos, según se dijo entonces y ha venido repitiéndose después; Escalante, siguiendo por vocación y temperamento el camino del arte más purísimo, trabajaba y cultivaba la historia como obra artística, y don Angel de los Ríos buscaba en la monografía histórica adecuado ambiente para sus interesantes disquisiciones.

Al lado de estos nombres, y refiriéndonos únicamente a los que dedicaron sus actividades y estudios a ilustrar la historia de la provincia, deben figurar otros muchos, como el de Lasaga y Larreta que en 1865 publicaba su *Compilación histórica, biográfica y marítima* ya citada anteriormente; el del librero Fabián Hernández que en 1866 dió a la imprenta en esta ciudad el *Becerro de las behetrías*; el de don Aureliano Fernández Guerra que en 1872 publicó en Madrid *El Libro de Santoña*, y en 1878 *Cantabria*; el de Bravo y Tudela que en 1873 sacaba a luz *Recuerdos de la villa de Laredo*; el de José Antonio del Río que en 1875 publica su libro intitulado *La provincia de Santander*, y en 1885-1889 sus famosas *Efemérides*; el de Enrique de Leguina cuyos *Apuntes para la historia de San Vicente de la Barquera* salieron a luz en 1875 (la segunda serie es de 1905), y que obtenía en 1876 un premio de la Biblioteca Nacional por su *Diccionario de obras útiles para la historia de Santander*; el de Felipe de Benito Villegas que en este mismo año sacó en letras de molde unos *Breves apuntes sobre la Historia y administración de la beneficencia provincial en Santander*. Igualmente deben señalarse junto a éstos los nombres de Marcelino S. de Sautuola que en 1880 publica los *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*; de Ildefonso Llorente Fernández que el año 1882 nos da sus *Recuerdos de Liébana*, así como el del autor de los *Recuerdos del antiguo valle y condado de Castañeda*, libro que fué publicado en Santander ese mismo año.

Pero es preciso no continuar escribiendo más nombres ni más títulos de obras, pues no es cosa de hacer todavía más pesado y enojoso este trabajo, ya de suyo harto enfadoso y molesto.

Fácilmente se desprende, a nuestro juicio, de lo que queda expuesto el ambiente saturado de estusiasmo y amor a la Historia de la Montaña que se respiraba en esta región en la segunda mitad del siglo XIX, así como las tres determinadas tendencias de nuestros historiadores, pues

mientras Assas consagraba su actividad y estudio a escribir la *Crónica general de nuestra provincia* a base de documentos y sin adornos de literario lenguaje, y don Angel de los Ríos escribía las páginas de sus razonadas monografías sobre temas de nuestra historia regional, don Amós de Escalante exprimía el contenido de antiguas escrituras y de relatos y tradiciones de antaño, engalanándolo con todas las gracias y exquisiteces de su donairoso y elegante decir.

#### 4) CONSTITUCIÓN DE LAS COMISIONES DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS.—NUESTROS PRIMEROS CORRESPONDIENTES DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Por R. O. del 13 de junio de 1844 fué creada en cada provincia una *Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos*, integrada por cinco personas inteligentes y celosas, bajo la presidencia del jefe político, para la conservación de nuestras antigüedades que estaban a punto de desaparecer como funesto, pero lógico corolario que traía consigo la extinción de los antiguos conventos.

Los fines que a tales *Comisiones* se señalaban no podían ser de mayor interés para fomentar el desarrollo y florecimiento de las investigaciones y estudios históricos y artísticos en cada provincia. Por eso no se ha de pasar en silencio, al hablar de los trabajos llevados a cabo en el campo de nuestra historia regional durante el siglo XIX, el hecho, aunque no sea más, de la constitución de la *Comisión de Monumentos* en esta provincia de Santander, ya que tales organismos o comisiones pueden ser tenidos también como normas o directrices que influyeron sin duda alguna en la elaboración y resultado de los varios estudios históricos y arqueológicos que se sucedieron, y en las distintas actividades a que los eruditos dedicaron sus disquisiciones.

Un excelente programa de investigación y trabajo brindaba la mencionada R. O. de 13 de junio de 1844 a los historiadores provinciales:

- 1.<sup>º</sup> Adquirir noticia de todos los edificios, monumentos y antigüedades existentes en su respectiva provincia y merecedores de ser conservados;
- 2.<sup>º</sup> reunir los libros, códices, documentos, cuadros, estatuas, medallas y demás objetos preciosos literarios y artísticos pertenecientes al Estado, que estuviesen diseminados en las provincias, reclamando los que hubiesen sido substraídos y pudieran descubrirse;
- 3.<sup>º</sup> rehabilitar los panteones de reyes y personajes célebres o de familias ilustres, o trasladar sus reliquias a paraje donde estuviesen con el correspondiente decoro;
- 4.<sup>º</sup> cuidar de los Museos y Bibliotecas provinciales, aumentar estos.

establecimientos, ordenarlos y formar catálogos metódicos de los objetos que encerrasen; 5.<sup>º</sup> crear archivos con los manuscritos, códices y documentos que se pudieran recoger, clasificarlos e inventariarlos; 6.<sup>º</sup> formar catálogos, descripciones y dibujos de los monumentos no susceptibles de traslación, o que debieran quedar donde existían, y también de las preciosidades artísticas que, por hallarse en edificios que conviniera enajenar o que no pudiesen conservarse, merecieran ser transmitidas en esta forma a la posteridad, y 7.<sup>º</sup> proponer al Gobierno cuanto creyese conveniente a los fines de su instituto y suministrarle las noticias que les pidiera.

Habiendo sido refundidos en la Academia de la Historia los oficios de los antiguos cronistas de España e Indias, y teniendo tan docta Corporación como fines primordiales el rectificar y ampliar la historia, claro es que a los representantes de aquélla en nuestra provincia correspondía en primer término, por razón de su cargo, el llevar a cabo todo ese interesante plan de investigación y preparación de materiales que se asignaba a las Comisiones de Monumentos.

Los primeros académicos correspondientes de la Historia por esta provincia de que tengo noticias, son don Pascasio de Murga y don Francisco Esteban de la Presilla, vecinos de Castro-Urdiales, que fueron nombrados en 1826; pues no ostentaban la representación de la Montaña en la Academia los varios montañeses ilustres que en los comienzos del siglo XIX figuraban en ésta, como don Pedro Cevallos que fué nombrado académico honorario el 27 de abril de 1802; el R. P. Fr. José de la Canal, nombrado académico supernumerario el 19 de octubre de 1815; don Fernando de la Serna Santander, director general de Correos, nombrado académico honorario el 31 de diciembre de 1819, y don Telesforo de Trueba y Cosío que lo fué desde el 22 de julio de 1831.

En la segunda mitad del siglo XIX, que es precisamente la época de actualidad literaria de don Amós de Escalante, vemos aumentada notablemente la lista de los correspondientes de la Academia de la Historia en esta provincia: don Marcelino S. de Sautuola, don Gervasio Egurra Fernández, don Angel de los Ríos y Ríos obtienen el nombramiento el 26 de enero de 1866; y con posterioridad a esta fecha son nombrados don Ignacio Fernández de Henestrosa (5 de enero de 1872), don Amós de Escalante (12 de enero del mismo año), don Gervasio González de Linares (21 de junio 1878), don Máximo de Solano Vial y don Eduardo de la Pedraja (21 de febrero de 1879).

No he de citar, por no alargar esta relación, los nombres de los demás académicos correspondientes que representaron durante el siglo XIX a la provincia de Santander en la Academia de la Historia, ni de los señores que formaron parte en esta ciudad de la Comisión de Monu-

mentos históricos y artísticos que quedó constituida en 1844, reorganizándose después por disposiciones del año 1865 y 1866.

De los trabajos llevados a cabo por esta Comisión, a cuyas reuniones asistían con voz y voto los académicos correspondientes, algo nos dicen las listas, publicadas en Santander en 1875, de monumentos declarados por la Comisión, edificios reservados para su estudio, pueblos en que existían objetos reservados para el estudio, y pueblos en que existían objetos que quedaron completamente excluidos.

De una carta que don Ángel de los Ríos escribe a don Marcelino Menéndez y Pelayo, el 27 de septiembre de 1876, son las siguientes líneas en que el cronista deja, en síntesis y resumen, el juicio que le merecen las obras y estudios, los trabajos e investigaciones referentes a la provincia de Santander que habían sido realizados hasta esa fecha:

«Me hallo convencido de que la historia de la provincia hay que rehacerla enteramente; buscándola en los archivos, costumbres y tradiciones, más bien que en autores de siglos pasados, todos repitiéndose o censurando lo repetido».

## DON AMÓS DE ESCALANTE COMO HISTORIADOR

### 1) SU CONCEPTO DE LA HISTORIA

La personalidad literaria de don Amós de Escalante, puesta de relieve y ensalzada por don Marcelino Menéndez y Pelayo, exige sin duda, en primer término, el estudio y examen de su labor como periodista, asiduo colaborador de revistas y periódicos en los que publicó bellas crónicas y comentarios de los sucesos que a la sazón acontecían; como crítico de arte, de ponderada autoridad en su tiempo, como galano prosista que deslía en formas de intachable pureza su *sentir, pensar y saber* que son los tres orígenes de un libro, según él mismo afirma, y como poeta lírico en sus *Marinas y Flores*, en sus versos de *En la Montaña*, y en las demás rimas impresas o inéditas, bella sinfonía, rítmica y musical donde adquieren vida y toman cuerpo, colores y sonido de variadísimas gamas, el mar de nuestra costa, las flores y brezos de la campiña montañesa y la casa solariega, o el

«rústico altar que a un Dios desconocido  
el religioso cántabro erigía...»

Pero al lado de esos varios aspectos de la vida literaria de Escalante, que no tocan a este tema, cabe considerar también en lugar preeminentemente, su labor de hisioriador y el puesto que le corresponde dentro de la historiografía de la Montaña, entre los trabajos, estudios e investigaciones que quedan enumerados en las precedentes páginas.

Distintas opiniones suelen exponerse acerca del modo de considerar los fundamentos científicos de la Historia, según que se considere el objeto y fin de la misma, el método y orden de su exposición, y los varios medios de investigación que es preciso seguir, conforme a los determinados fines que se intenten.

Hay autores que al considerar el objeto propio de la Historia se fijan únicamente en los hechos que hacen referencia a la gobernación de los pueblos; no pocos consideran sólo los fenómenos económicos, o los sociólogos, o aquellos acontecimientos que se refieren a la civilización y cultura de los pueblos. Y en cuanto al modo de exposición de los acontecimientos históricos, discurren unos que debe atenderse muy particularmente a la exactitud de los hechos, para lo cual nada debe poner el historiador por su cuenta, y sí solamente concretarse a mostrarnos los documentos originales; en cambio, no faltan quienes afirman que no hay historia «si no es narrada como una anécdota o un cuento» (1), y que deben ser presentados los materiales que nos ofrezca la investigación histórica, en forma subjetiva y personal para de ese modo dar amenidad e interés a las narraciones.

Claro es que estas varias maneras de considerar el fondo y forma de la Historia, exigen sendos métodos y medios diversos de investigación, relacionados a la vez con el fin de aquélla.

Para señalar el camino seguido por don Amós de Escalante en sus trabajos e investigaciones históricas, y deducir el concepto que tan ilustre escritor santanderino tenía de la Historia, nada acaso mejor que aquéllas páginas preliminares que puso a *Costas y Montañas*.

Hablando allí de lo que a su juicio debía ser la descripción de una comarca, afirma que era ese uno de los «asuntos vastos que piden al escritor su alma entera, que así le toman sus largas meditaciones en horas de recogimiento o en horas de hastío, como la cosecha mal cribada y hecha penosamente en los secos papeles de la biblioteca, como sus latidos íntimos y sus imaginarios vuelos por el libre y diáfano ambiente de la fantasía» (2).

Y añade a continuación, señalando concretamente su sentir: «No

---

(1) Julián Rivera y Tarragó: «Lo científico en la Historia.» (Tomo primero de «Disertaciones y Opúsculos», Madrid, 1928, pág. 532).

(2) «Costas y Montañas», 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1871, pág. 8.

queda descrita una comarca cuando se han recopilado laboriosamente las efemérides y aspectos de su suelo, sus fastos y memorias, los acontecimientos de su historia, sus apariciones y eclipses en las evoluciones, famosas de la sociedad o del mundo, los nombres de sus hijos claros, la serie de sus padecimientos y triunfos; centón acumulado por la erudición y la paciencia, filiación a lo sumo pero no retrato. El retrato, para serlo acabado, ha de hablar a quien lo mira, no con la excusada voz de su garganta muda; con la voz no menos clara y expresiva, más sincera, por cierto, de sus facciones y su gesto; con la voz de sus canas que proclaman su edad, con la tez que denuncia la profesión o la raza, con la de su frente despoblada que cuenta los estudios o los extravíos, con la de sus ojos que declaran acaso lo que el alma calla, acaso lo que el alma dice, pero sin acaso, y con plena certidumbre, lo que el alma siente, lo que el alma busca, lo que el alma puede. *Y retrato ha de ser la descripción de una comarca para que ocurra a las curiosidades diversas, opuestas a veces y enemigas, que han de pedirles satisfacción unas, y otras espuela».*

Al discurrir, en otra página, el ilustre autor de *Costas y Montañas* acerca de los trabajos e investigaciones que son necesarios para llegar a obtener esa descripción historico-geográfica de una comarca, expone bien a las claras las fuentes que deberán consultarse para ello, y señala la ardua fatiga que exige tal estudio.

Estas son sus palabras que no resumimos por no destruir el interés y la belleza que encierran:

«Cuando, por otra parte, el libro no tuvo precursor, ni halla el arrimo y sombra de ascendientes ni contemporáneos; cuando todo es materia prima y ruda, falta de rudimentaria preparación y labra inicial en las manos que lo aderezan y componen; cuando la historia política yace entrañada y oscura en ciertas cartas de fuero, de donación o de privilegio, en tratados de paz y de alianza, de navegación y comercio con alemanes o extranjeros, pergaminos yertos, texto escueto y desnudo, aún virgen de refinada crítica y maduro fallo; cuando la social se esconde en escrituras de fundaciones pías, en cláusulas de testamentos, en perdurables litigios que guardan los archivos de familias, rico e inexplorado tesoro, auténtico padrón de usos públicos y costumbres privadas; cuando la artística no pasa de alguna piedra funeral o votiva, del monumento anónimo, del indicio evidente, pero no bastante y discutible de los apellidos; cuando la militar se pierde en las empresas colectivas de la bandera-madre, donde no es posible seguir aquella vena generosa de sangre intrépida, que arrancando hinchada y llena del solar montañés, corre a verterse a borbollón ogota a gota en mar y en tierra, por todos los campos de pelea, enflaquecida a intervalos, pero inexhausta, repuesta y constante, amasando el eterno pedestal de la gloria española y dejando

su caudal precioso sumido, olvidado en la fábrica a cuya edificación sirve y cuya firmeza asegura, entonces la *suma de tiempo, de trabajo, de meditación y de lectura, excede a cuanto, concentrando su tibieza y agotando su esfuerzo*, puede emplear una inteligencia flaca, inconsciente y movediza».

En las precedentes palabras va sin duda el pensamiento de don Amós de Escalante en materias históricas, en cuanto al fondo y sustancia de la obra, y en resumen del estado de estos estudios en la Montaña cuando se propuso dar a las prensas su importantísimo libro *Costas y Montañas*.

En cuanto a la forma de exposición, dice el mismo Escalante que tiene también sus condiciones y que son «no menos tiranas, no menos absolutas, no menos difíciles de guardar y ser cumplidamente atendidas. Y refiriéndose a los cambios de gusto y maneras que traen las modas literarias, piensa que la alteración producida en la literatura de su época «trájola consigo el creciente imperio de la mujer en la sociedad contemporánea»; por eso «en obsequio a la inteligencia femenina, viva pero inquieta, penetrante pero mudable, rápida pero ardorosa y vaga, la ciencia ruda viste galano estilo; escribe libros especiales...; y la ciencia histórica, corregida de su solemne y seco aparato, busca al héroe fuera de la ocasión excelsa de su gloria, y sin menguársela, lo humaniza y pone en punto de ser accesible al juicio y residencia de los demás humanos» (1).

En las líneas que anteceden está contenida la preceptiva literaria que en materias históricas rige y gobierna la mente creadora de este peregrino ingenio de la Montaña, cuyo primer centenario de su nacimiento se conmemora actualmente. Pero si quisiéramos concretar y resumir en pocas palabras los preceptos a los que ha de ajustar la forma del libro que más nos interesa para el estudio del tema a que nos referimos, copiaríamos esta frase del mismo autor: *Este modo literario feminizado, ameno y vario que procura ante todo el agrado de la forma, rige hoy con ley absoluta, la cual no es posible eludir o desobedecer pena de muerte; esto es, de completo desdén y olvido* (2).

Y a este modo de entender la historia y de exponer el contenido de la misma, a las leyes de esa preceptiva literaria, se debe en todo momento ajustar la crítica que se haga de la producción de don Amós de Escalante en la parte que hace referencia a nuestra historia regional.

TOMÁS MAZA SOLANO

Continuará.

(1) «Costas y Montañas», 1.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1871, pag. 14.

(2) Idem, ídem, págs. 14-15.



## TRÍPTICOS DE LA MONTAÑA

*(Continuación)*

### III.—EL HOGAR HUMILDE

#### LA ALDEA

Despierta la aldea cuando pone el campo sus albos manteles de margaritas para la gran fiesta de la primavera; vibra en verano, cuando cantan los pájaros sobre las ramas nuevas, los mozos bajo los balcones y el carro en las callejas; en otoño cobija su ritmo al calor de los graneros repletos y duerme en invierno...

Pero su alma—el alma única, compleja y devoradora de la aldea—está siempre alerta y vivaz en el crío que sabe cuidar de su hacienda y llevarse la fruta ajena, en la moza que ríe, retoza y castiga al amor, en el labrador de medias palabras y en la vieja devota que confiesa el pecado de los demás...

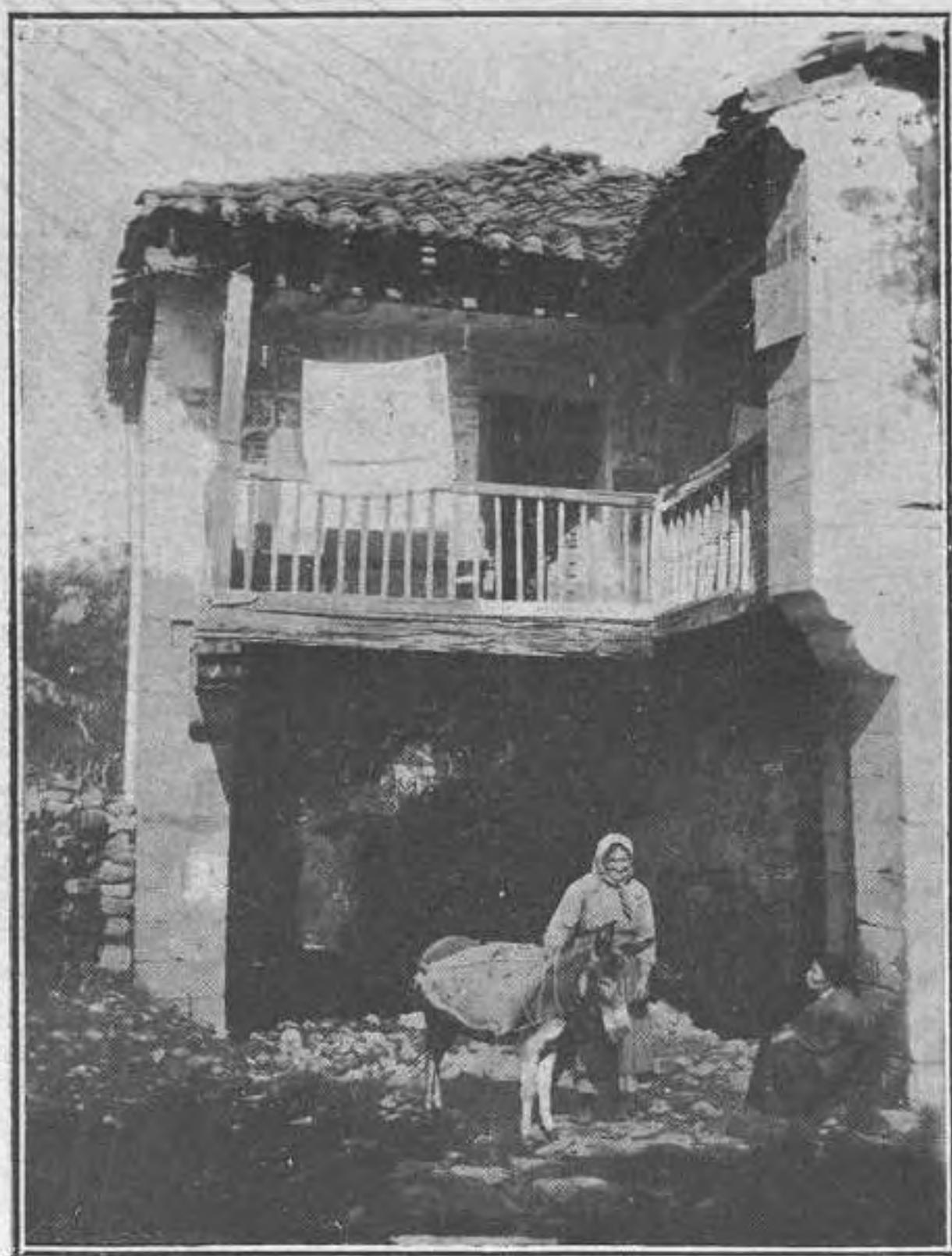


## EL BARRIO

Un barrio es una familia de piedra. Los hombres en él podrán estar amigos o distantes; podrán ser cada uno alcancía de amparos o nido de rencores. Pero la estructura del barrio ofrece el símbolo de todos los afanes fraternales.

En él, la piedra puede tener categorías, más siempre en galardón de la comunidad. Cuando le preside, a modo de mayorazgo, una casona blasonada, el barrio adquiere grave dignidad y todo él respira aún la ufanía de antiguos homenajes. Las casas humildes, a su vez, patinadas de morenos matices, son las galas rústicas que le dan al barrio su preciso sabor campesino.

Y unas se apoyan contra otras, se acarician y se protegen—salvo «daque» casuca señera, vigilante graciosamente al margen—. Mientras sus dueños tal vez no cruzan el saludo, las casas del barrio forman una común belleza indivisible, porque es la belleza de los conjuntos armónicos. Forman esa familia sin pasiones, callada y secular, que habrá de sobrevivir a todas las miserias transitorias de sus moradores.



## LA CASUCA

La casuca montañesa tiene a gala ocultar su belleza. Más que a la orilla de los anchos caminos, para recreo de un segundo de los viajeros rápidos, se la encuentra escondida en algún rincón de los montes, aún sabiendo que le da realce la sombra de las peripuestas casas nuevas.

Buscad la casuca en el corazón de la montaña: que en su portal conversen las abarcas bajo el colgado cuévano; que sea negra y desigual su escalera; que de su cocina salga el vaho de los torreznos fritos y que guarde en la sala su tesoro: el reloj de pesas, el cuadro bordado de la Virgen y, dentro de la cómoda, el documento de la hijuela.

Y que una vieja sentada a la puerta diga que ella todo lo ha conocido así siempre...



#### IV.—RAMAS DEL HOGAR

##### EL PORTAL

El portal guarda el carro cantador, que va y viene de las mieses y de los cierros, alegre y pausado mensajero del pan.

El portal guarda la abarca perezosa, solución de un bello acertijo:  
«Bosteza cuando descansa y canta con la boca cerrada».

El portal guarda la gallina, que escarba cloqueadora las rendijas y se pasea por el laberinto de sus horas ociosas.

El portal guarda el sol bajo de la mañana o del atardecer en los cudones brillantes, en las secas telas de araña, en la piedra caliente donde suele sentarse la vieja.

...La vieja que guarda el portal, el carro, las abarcas, la gallina y hasta el sol, ella dice, porque de vez en vez pasan por el barrio unas gitanas capaces de llevárselo todo debajo de las faldas.



## EL CORRAL

Si el humilde hogar carece de antesalas, brinda, en cambio, bajo el cielo azul o bajo el cielo gris el vestíbulo ingenuo de su corral alfombrado de brezo seco.

Este es el gran salón de las solemnidades aldeanas, donde vocean sus murmuraciones las comadres poco prudentes.

Es el parque sentimental donde el mozo y la moza se citan al atardecer.

Es la lonja sin techos donde se cierra el trato sobre la novilla.

Es la academia donde el viejo abuelo, sentado en un poyo de piedra, diserta acerca del ojáncano y un aticuenta de astronomía.

Hasta que cualquier día, por un quítame allá esas pajas, surge el pleito con el vecino y entonces se descubren cosas tristes: no hay linderos en la escritura, no hay testigo que no se tuerza y no hay abogado que no cobre por defender el caso lo que valdría la alfombra siendo de Esmirna.



## EL HUERTO

El huerto es la despensa engalanada del hogar humilde. Despensa fragante y lozana, con olores de campo y sonrisas de la naturaleza en las mariposas que revuelan sobre los «fisanes» trepadores, en las «pasiegas de Dios» que pueblan la hojarasca de los guisantes, en el aroma del romero, que crece en un rincón, panacea de múltiples dolencias.

Su dueño se esmerará en el cuidado de los hitos vivos del huerto: el tronco de laurel para llevar a bendecir sus quimas floridas el domingo de Ramos; la «sombriega» higuera, pasto de críos y asilo de gorriones y aquél frutal que aún no ha sabido nadie a qué sabe.

Y en torno a todo, el seto de zarzas, tendedero de ropas lavadas, por el que trepan y se desbordan hasta el camino los tentáculos de áureas flores de las calabazas dormilonas.



## V.—GALAS DE LA ALDEA

### EL SENDERO

El sendero es un hilo sin tejer sobre el tapiz del campo: ruta decidida que sortea todos los obstáculos: arboledas, miesen, lindes y laderas, en hábiles giros y soslayos o cruzando heredades audazmente.

El sendero es como un correveidile de los caminos grandes. Pasa de éste a aquél y de aquél al otro. Se asoma a todos, cuchicheándoles el secreto pintoresco, que ellos ocultarán, de los rincones de la aldea.

Toma, caminante lírico del campo, ese estrecho sendero que apenas da espacio a tus pies. Y déjate llevar por él. Atraviesa bellezas insospechadas. Te lleva a un barrio oculto, a la casona de más bellos arcos, a la fuente escondida, al campizo sereno...

En el sendero sentirás más en tí el alma apacible de la naturaleza aldeana. Y al hombre del campo que cruces pasando el sendero no le querrás hurtar un saludo de hermano.



## EL ÁRBOL

¡Árbol vigoroso del campo montañés, que das guardia en las rutas,  
escolta a los arroyos, apoyo a los cercados, sombra a las romerías y eres  
palio de las comadres que juegan a la brisca frente al barrio!

Guirnalda viva con que, a lo largo de los caminos y los ríos, se  
engalanen los valles montañosos en cada primavera. El aire entona  
villancicos de epifanía en tu follaje.

Tu ramaje es un arpa dócil; en ella el viento canta al campo sus  
abriéñas canciones de cuna los cantares, juveniles de mayo, los estivales  
himnos de plenitud, las nostalgias de septiembre y el lúgido res-  
ponso otoñal de las hojas secas.

De nadie necesitas. Por eso te aborrecen. Todo lo das. Por eso te  
aniquilan.



## EL CAMPIZO

Terreno de todos o despreciado de alguien que le sobra, con su yerba que nunca prospera, alfombra dura de verdor exiguo, moteada en estío de unas pocas risueñas manzanillas...

Tiene el campizo más poesía cuando está alejado del mundo, cuando no llegan a él otros sonidos que los de la naturaleza: el choque del aire contra los árboles o el canto de los pájaros o, si hay cerca un molino callado—de esos molinos que duermen, aplazados por el progreso, a la orilla de nuestros ríos—el rodar incesante de las aguas presa abajo.

En el campizo juegan un día los niños; otro día se dice sus arrullos una pareja de enamorados; otro descansa el labrador que regresa con su carga pesada... El campizo los acoge calladamente y cuando se alejan, queda allí él, como una sonrisa de la aldea. Porque el campizo insignificante es algo de eso: destello y claridad del campo; un gracioso lunar en la faz del paisaje; delicadeza, sentimiento, ritmo...



## VI.—EL HOGAR NOBLE

### LA PORTADA

Tal vez, hace tres siglos, cruzaba un infante bajo su arco.

Hace dos, tal vez cruzaba un noble.

Hace uno, tal vez un hidalgo.

Y hoy...

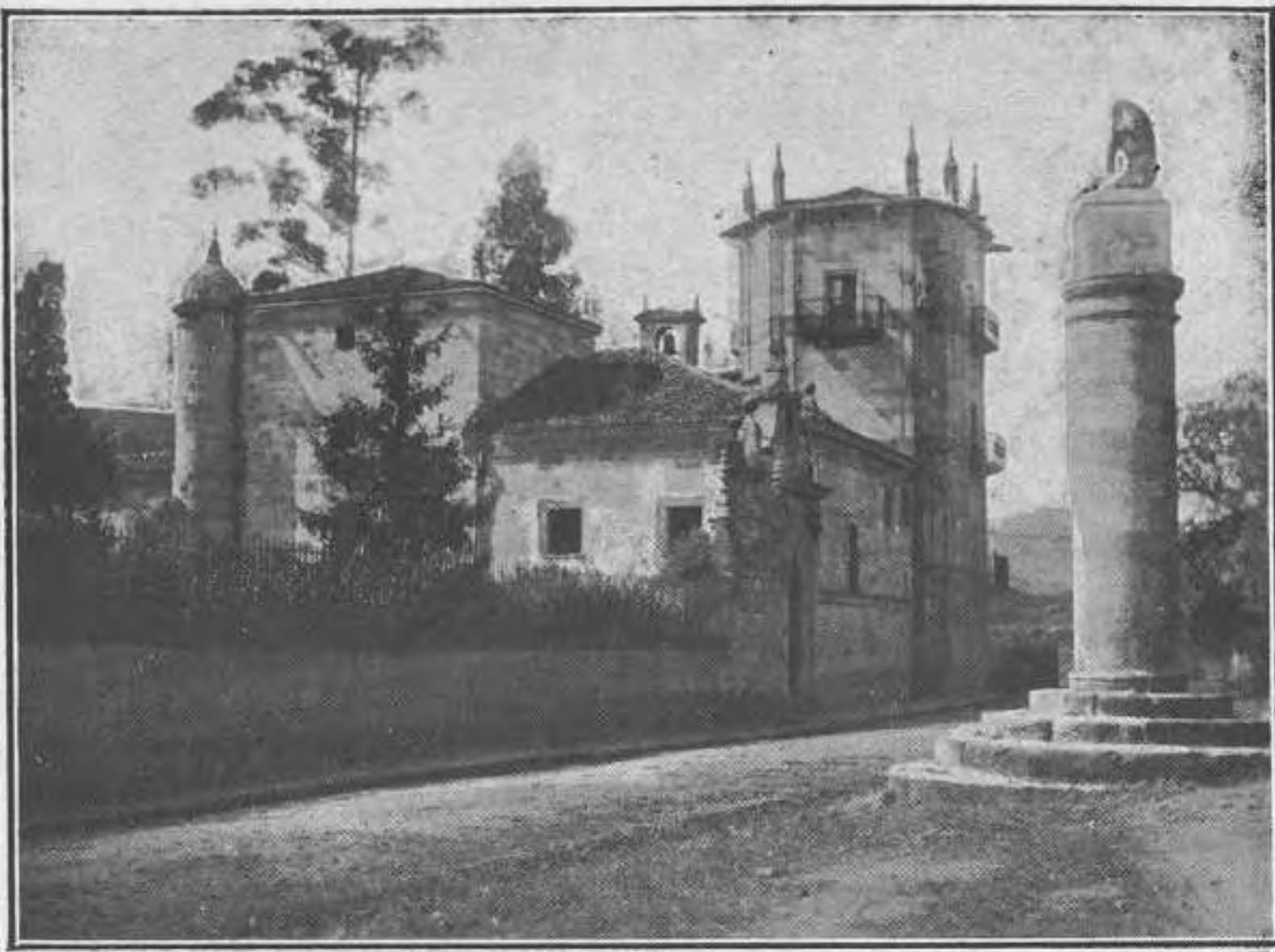
Hoy pasan los carros de hierba al pajar, las cargas de mazorcas, las vacas repletas...

Frente a la portada hay un largo camino. Hidalgüelos lejanos se acercan, exclaman: «¡Qué lástima!»—como si la portada hubiera muerto—y siguen.

Gentes nobles la miran. Buscan precisamente lo que el tiempo ha podido comer en su escudo y al fin se encogen de hombros.

Y un infante se detiene, la contempla y dice que quisiera tenerla de entrada en su palacio, pero luego se aleja.

Los siglos no retornan, el camino es largo y los viajeros van perdiéndose a lo lejos. Y nadie sabe quién cruzará en el venidero bajo el arco de la añeja portada.



## EL PALACIO

Ratas de biblioteca, asustapolillas, raspapergaminos que rehacéis ejecutorias, títulos y fazañas: mirad al palacio.

Mirad su continente noble, su torre serena, sus gárgolas firmes, su blasón eterno, sus salones donde resuenan sin falsía las palabras. Tal es el palacio.

Vosotros cantáis las virtudes de sus titulares, de sus moradores lejanos, de sus constructores soberbios, traduciéndolas de papeles viejos; yo canto al palacio.

Tras vuestras historias hay trapillos sucios, manchadas doncellas, ahorcados acaso... Pero todo es claro, cierto, noble, eterno en las piedras limpias, el blasón solemne, la torre serena del viejo palacio...



## LA CASONA

Hogaño la casona, con su portal encudonado, sus sillares oscuros y su alero raído, es en la aldea el viejo pergamo ilegible que habla en silencio de linajes nobles, de caballeros sin tacha que se sepa o de conquistas de oro allende los mares.

Ella entona solemnemente la gracia fragante y renovada de las primaveras de la Montaña, con su gran talante de cosa perdurable y clásica.

Ella insinúa mil nostalgias entre los vecinos sencillos—se sabe que un dueño luchó en Flandes, otro bigardeó por Italia y otro triunfó en México, allá, cuando nadie lo escribía con jota.

Y hay quien vive al cuidado de que se desmorone, porque acaso de alguno de sus muros brote un precioso chorro de peluconas pálidas.

FRANCISCO CUBRÍA SAINZ

(Continuará)



I

### ACRÓSTICO EN ASPA

*Ojos castaños de mirar sereno,  
remanso de la mar entre arrecifes,  
de clara paz y transparencia lleno,  
al abrigo de vuelos y de esquifes.*

II

### ROMANCILLO DEL ENCUENTRO

A.

*Encuadrados de mesas unos bailes.  
La orquesta americana  
fuma en los saxofones la armonia.  
Cabezas encrespadas  
lucen los halos de metal brillante.  
En mis ojos tú aislada.  
Todo se esfuma en fondo de retrato.  
Tú, tan rubia, tan clara.  
En el vestido blanco te estilizas  
modernamente larga.  
Curvas de matemática describen  
tus zapatos de plata.*

### III

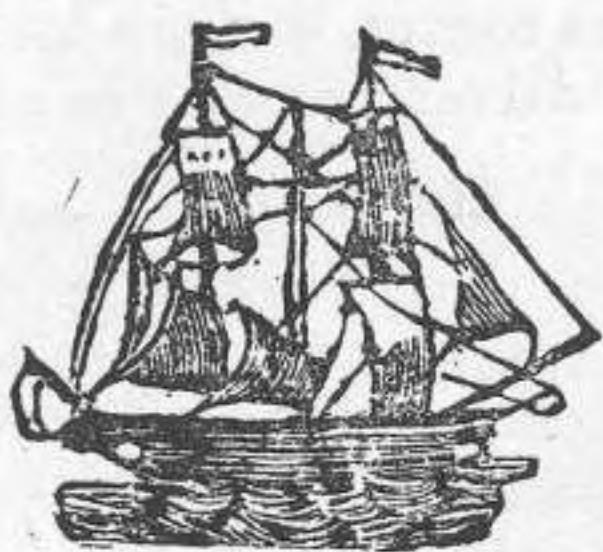
#### LA BARCA JOVEN

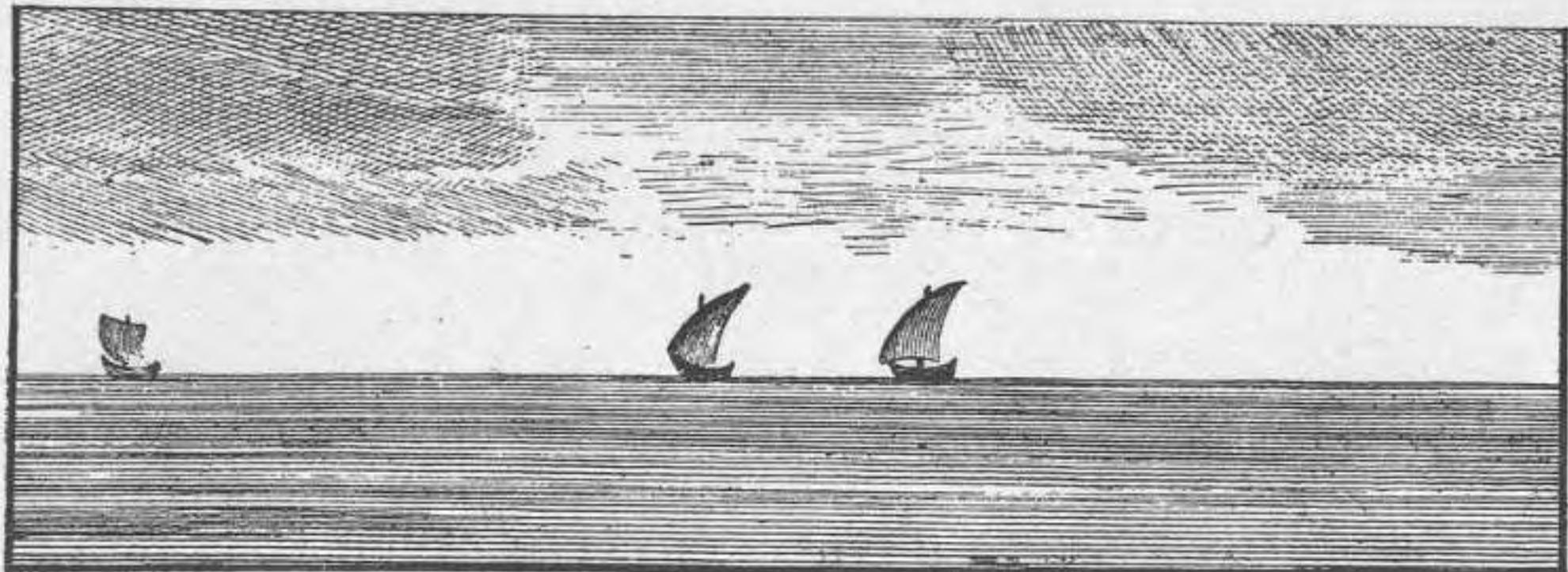
M. P.

*Barca nueva, feliz, jarcia de plata  
aferrando las velas en ofrenda  
al viento claro de los veinte años,  
proa al sol, al azul, al horizonte.*

*Sirenas sonrientes te precedan  
y aparten de tu rumbo los escollos  
en ese mar azul, el cristal nuevo  
que rayas con el filo de tu proa,  
hasta la costa blanca donde inscribes  
tu aspiración de playas optimistas.*

Luis TORRES-QUEVEDO DEL HOYO





## SOTILEZA

### 1.<sup>o</sup>- BREVE TEORÍA DEL PUERTO

Sobre el mar verde coquetea una vela blanca hinchada por el viento.

\* \* \*

*Vela*.—Las velas son las rosas del mar. Rosas de blancos pétalos, remendadas con remiendos negros, que son los deseos insatisfechos de los gusanos de esas rosas del mar, de esos hombres miserables y curtidos, llamados marineros.

\* \* \*

*Viento*.—Es el amor del mar. Sus caricias, sus besos y también sus desplantes, sus zarpazos siniestros.

\* \* \*

*Coquetear*.—Un verbo frívolo, que lleva en las entrañas la tragedia profunda de la frivolidad, del sí y del no, del quizá y del ser eterno.

\* \* \*

*Mar*.—Algo que no sabemos. Es verde y parece azul cuando el biombo de las nubes le permite ser espejo de los cielos. Profundo. Ancho, Inquieto. En sus anchas y profundas inquietudes, negro.

Atribuyen a Ulises, el navegante mítico y académico, la invención de ondinas y sirenas. Pero en el mar no hay eso. Aguas profundas, anchas, sal, peces, viento. Los poetas le han llamado traidor.

Pero el mar es sincero.

\* \* \*

*Puerto.*—En un regazo suave no coquetea la vela blanca. Puesta a secar en el arcón del puerto se guardan, mar, vela, viento y coqueteo.

Las calles del puerto son estrechas, empinadas, y las altas casas están de espaldas a la luz. El marinero, saturado de mar, busca lo opuesto. Al avistar la costa, los negros deseos remendados en la vela blanca, le hacen sentir que las espumas de las olas son desdentadas promesas de besos. El tambaleo de la nave y el fuerte viento dispersan en alta mar las hipócritas morales de tierra adentro. El humano instinto de eternidad, lo que no pudo arrebatarle el viento, reza y blasfema en la boca del marinero sobre el mar, y busca un beso desdentado y vendido de puerta en puerta, de puerto en puerto.

De Ulises, sus navegaciones poéticas y sus sirenas, no queda sino eso. Como el mar y el navegante, el pensamiento tiene el lujo de ser sincero.

Los colores mañaneros son del mar. Y las sombras del puerto.

\* \* \*

## 2.<sup>º</sup>—VIDA Y PASIÓN DE NUESTRO PUERTO

Santander carece de una tradición clásica como los puertos del Mediterráneo. Para hablar de un puerto no son menester citas de Aristóteles, ni enfáticas evocaciones de navíos griegos.

El Cantábrico es un mar bárbaro, desconocido, para los clásicos. Para los grandes navegantes del siglo XVI, los románticos de Océanos, un mar lugareño.

\* \* \*

Tampoco ha tenido Santander famosos navegantes, como Elcano, nuestro hermano vasco y aventurero, ni a nadie se le ha ocurrido decir que nació en nuestro puerto, Colón, el gran genovés, que, quieren algunos contemporáneos nuestros, hacer gallego.

Los navegantes más extraordinarios que atribuye la tradición a Santander se llaman Celedonio y Emeterio, quienes, muertos en Calahorra, llegaron a nuestro puerto antes de ser santos y después de

ser muertos, a bordo de un navío de piedra y perforando una roca. Hazaña portentosa que tuvo cierto valor técnico durante la guerra del 14, en que se construyeron barcos de cemento.

\* \* \*

Tampoco el manoseado hidalgo montañés tuvo nada que ver con Santander. Los hidalgos de todas partes, son gente de mucha, o ¡ay!, poca tierra como los nuestros, pero siempre de tierra adentro. Otros hidalgos de climas más duros o de tierras más ricas, les quitaron el poder y el valimiento, dejándoles en la humedad de sus casonas con el orgullo de haber sido los primeros.

Los mares fáciles y amables, y las costas ricas, hacen los felices pueblos navegantes, los levantinos, los fenicios y los griegos. Los mares ceñudos, las costas rudas y los suelos pobres echan al hombre al agua, que para comer es pescador, y para no ahogarse, marinero.

\* \* \*

Y así, el padre de nuestro puerto fué una tierra escasa y la madre, un mar duro preñado de alimento.

Enternece pensar en el humilde nacimiento de Santander, que, como Cristo entre un burro y una vaca, vió la luz entre un atún en verano y un besugo en invierno.

\* \* \*

Ya tiene Santander su vela y su lancha. En esa hora difícil de la primera luz, se ve sobre la bahía una niebla baja y afilada como cuchilla de afeitar la madrugada. Blasfema entre dientes un marinero, destрабando sus redes. Una brisa temprana hincha la vela y empuja la barquía hacia el amanecer del mar, hacia la barra. Los pescadores cantan.

En la boca del puerto dice «alabado sea Dios», el patrón de la lancha. Y a Dios alaban sol, mar y viento, en la alegre mañana.

\* \* \*

Los peces pican sin sospechar el anzuelo y se llena de pesca el panel de la lancha. El viento acaricia la vela y los hirsutos cabellos de los pescadores, con la ternura de unas manos de mujer, suaves y blancas. De vuelta los marineros cantan.

Bruscamente, se va la luz. El viento es una zarpa. El mar ceñudo, abre su negra boca y en el borde sus olas florecen dentelladas. Un trueno.

Una descarga. Nadie blasfema. Nadie canta. Se arría la vela blanca. Se boga fuerte y se mastican plegarias.

Y así llegan hasta la boca del puerto las gentes del mar, llenas de fe, temblando de esperanza.

\* \* \*

Unas lanchas pasan y otras no pasan. En el muelle esperan las esposas, las madres, las novias de las lanchas. Se alaba a Dios y se le maldice, en las bocas de las mujeres desgreñadas.

Oraciones y blasfemias son la misma plegaria. Alarido de las entrañas de la carne pescadora, temerosa de Dios, horrorizada por esa blasfemia del mar que es la galerna y acaba en las quebrantas.

\* \* \*

Un día de brisa suave, una mañana clara, se fué muy lejos una vela y volvió cargada de cacao, de azúcar y otras especies raras. En los bajos de las casas del muelle se abrieron almacenes y en las ventanas de los entresuelos se pusieron letreros con letras doradas.

Por las calles de Santander paseaban «canoas» y «cachuchas», y relucían de brillantina algunas barbas.

\* \* \*

El puerto tiene ya su «señorío» que se lava la cara entre semana y sonríe, entre compasivo y cariñoso, de aquella gente marinera que llena poco a poco sus arcas.

Y ese «señorío» de mercaderes fué quien sembró la terrestre avidez de los Códigos de Comercio, con esas palabras de «echazón» y «préstamo a la gruesa», que navegan entre los artículos numerados, como una vela marinera y blanca.

\* \* \*

El tiempo, el vapor y el petróleo, han hecho el mar de hoy, la navegación segura y hasta la pesca blanda. Ya nadie sabe trenzar cuerdas. Con una servilleta de blancura dudosa cruza el Océano cualquier terreste, sin acordarse de Dios para alabarle ni para maldecirle. Olvidado de todos y sin velas, el mar es un asiento en el libro de Caja de las grandes compañías navieras.

El viajero que llega a Santander por tierra, descubre una señorita escuálida, en lugar de aquella callealtera Sotileza que descubrió nuestro viejo Pereda, blanca como una vela, esbelta como un palo mesana.

\* \* \*

La vida blanda ha empujado a Santander hacia la frivolidad. Cuando el mar abonanza, siente veleidades de emperejilarse y ser bonita, como cualquier mujer. Pero no sabe.

No sabe flirtear ni ser coqueta. Tiene el ceño de su costa brava. Del mercader, la suspicacia. Y un orgullo salvaje de marinera esquiva y guapa.

Parece otra y es aquella misma de la costa que no cambia.

\* \* \*

Vista desde alta mar, no se ven las medias de seda ni los zapatos de Santander, la señorita escuálida. Se alarga entre la costa y la montaña, «finuca ella», como una marinera que entra descalza en el mar, buscando una inquieta, profunda, ancha y verde esperanza.

No es la mujer que busca la vanidosa espuma de un flirteo, ni la dentellada de la ola fugitiva de la carne. Espera, ceñuda, suspicaz, esquiva, todo el amor que desea el alma.

Como las olas, eternidad de besos, en la playa.

\* \* \*

Vista desde alta mar, a Santander le sobran las góticas agujas de sus iglesias. Una mujer así, para ir a misa o a los toros, no precisa mantillas ni peinetas. Ni ser morena. Le basta un pañuelo de seda. Blanco y azul de cielo y mar. Verde de mar y de praderas.

Marinera!

\* \* \*

#### ANTEFIRMA

Yo soy un navegante de la mar sincera. Marinero del pensamiento, con la pluma como palo y las blancas cuartillas como vela, capeo el viento y pesco ideas. No traigo rosas, porque no florecen en el mar sincero. He dejado en el muelle la carga que traía a tu puerto.

Me voy mañana. Volveré siempre con parecida carga. Y como no me gustan las mujeres fáciles, ni el flirteo, y además duermo mal alguna vez te oigo decirme en sueños, Sotileza ceñuda, suspicaz, esquiva, marinera y guapa:

—Marinero, atraca.

ANTONIO BOTÍN POLANCO



## UN CENTENARIO DE 1931

EL EXIMIO LITERATO JUAN GARCÍA, O DON AMÓS DE ESCALANTE,  
CABALLERO DE LA MONTAÑA

**H**ay una tradición literaria nobilísima que pone reflejos de amor y prestigios de epopeya en las cumbres de las montañas de Reinosa, en los puertos de Santander, de San Vicente o de Suances y en los valles, impregnados a la par de fortaleza y melancolía, de las Asturias de Santillana. En la literatura inspirada por esos rincones españoles hay un aire señoril, tan gallardo y tan cristiano, que rinde y obliga. Los literatos montañeses del siglo xix dan ante todo, contemplados desde esta orilla tumultuosa, del 1931, la sensación de la caballerosidad. Caballeros en la vida y en la literatura, caballeros del ideal y del arte. La fe en Dios, el amor a la tierra que los vió nacer y el entusiasmo estético son sus características. La trinidad que forman Menéndez Pelayo, Pereda y Amós de Escalante puede con justicia enorgullecer a una región.

Acaso resulte sorprendente para el gran público que el nombre de Escalante, menos familiar en los oídos populares que los gloriosos de don Marcelino y el autor de «Sotileza», figure al lado de éstos. Sin embargo, no es un entusiasmo de ocasión el que nos mueve a colocarlo ahí. Y esperamos que a lo largo de este artículo, escrito en recordación de «Juan García» que nació el 31 de marzo de 1831, quede probado el buen derecho del autor de «Costas y Montañas» a figurar en primera fila cuando se hable de los literatos españoles del siglo último.

Viajero de tranquila y profunda visión, hombre de bienes de fortuna que podía madurar y pulir lo que escribía y literato de criterio estético sereno y ordenadísimo, «Juan García» escribió pocas obras; pero tan acabadas y tan completas que lindaban con la perfección. Poeta lírico de calidad, escribió en prosa sus poesías mejores. Sus libros «Costas y Montañas» y «Ave, Maris Stella» pueden figurar entre lo más puro y castizo que se ha escrito en castellano.

«Ave, Maris Stella» es una novela histórica, una crónica montañesa del siglo XVII. Vale la pena de detenernos en esta producción que destaca poderosamente en la literatura española donde la novela histórica representa un papel tan desairado. Menéndez Pelayo sitúa a «Ave, Maris Stella» al lado de «El señor de Bembibre», la famosa novela de Gil y Carrasco. Si no nos olvidamos de «Las ruinas de mi convento» de Patxot, y aun de «Amaya o los vascos en el siglo VIII», de Navarro Villoslada, puede decirse que habremos concluido con la enumeración de cuanto en la novela histórica española merece consideración actual de la crítica. No es que releguemos a un plano inferior narraciones tan sugestivas como el «Jeromín» del P. Coloma. Pero eso ya no es novela histórica propiamente dicha.

Veamos ahora por qué «Ave, Maris Stella» es una joya del género. Las ideas de Menéndez Pelayo sobre la novela histórica están muy claras y conviene recordarlas brevemente como guía. Hay un modo de novela histórica que escoge los grandes acontecimientos nacionales y los borda sobre una trama novelesca. De optar por ese sistema las salidas no pueden ser más que dos: o la reconstrucción histórica es perfecta, en cuyo caso la novela queda como absorbida por la magnitud de los acontecimientos reales y ahogada por el mayor interés que éstos despiertan; o se falsea la historia en beneficio de la trama novelística, en cuyo caso la novela no es histórica, ni merece consideración dentro del género. El primer caso comprende entre las españolas a «Amaya» y entre las más famosas del extranjero al «Quintín Durward», de Walter Scott. El segundo es el denominador común de la llamada novela histórica por los fabricantes de entregas del siglo XIX y abarca los disparatados engendros de Tárrago, Fernández y González, Ortega y Frías y Florencio Luis Parreño.

Frente a esto hay otro modo de novela histórica, que salva a la vez la historia y la novela y que por esa razón es mucho más perfecto. Consiste en tomar unos hechos locales, una tradición poco conocida, un ambiente reducido y peculiar y meter en él la trama creada por la imaginación. Con este procedimiento, si el autor sabe guardar el equilibrio, no interesa más un elemento que otro, la historia es la novela y la novela es la historia. Tal es el caso de «El señor de Bembibre» y el de

«Ave, Maris Stella». Por esta razón esas dos obras son las dos mejores novelas históricas que tenemos en castellano.

Situada ya la obra capital de Juan García vengamos a sus valores particulares. Hemos dicho que si el autor sabía guardar el equilibrio la novela histórica se lograba perfectamente en la segunda modalidad. Pues bien, Amós de Escalante es el equilibrio estético en persona. Su formación, sus estudios y su carácter le daban esta preciosa y rara cualidad. No cabe en él un afecto desordenado. Todo guarda su proporción y su medida. Si alguna vez la fantasía o la pasión le jugaban uno de sus trucos al literato, su sano criterio volvía sobre las páginas febres, las remansaba, las tamizaba y restituía cada parte a su lugar propio.

De aquí la impresión supremamente artística, de orden perfecto, que dan las producciones de «Juan García». La parte formal acentúa y concreta esta sensación. Amós de Escalante escribe un castellano delicioso. Los giros y el vocabulario son de un casticismo y una riqueza difícilmente superables. Para un estudiante de nuestro idioma—y estamos en un momento en que a todos los españoles conviene ese estudio—«Ave, Maris Stella» es una obra de importancia capital. Sobre todo por el vocabulario. Escalante se había hecho dueño de un léxico riquísimo. Las palabras más puras y más propias le acudían a los puntos de la pluma sin la menor violencia, bien como ocurre con todos aquellos que usan con naturalidad y sin esfuerzo alguno de una cosa que les pertenece. Esa carencia de afectación al valerse de palabras que no son de uso corriente y que la decadencia tiene olvidadas, es una cualidad de escritor de primera categoría que Amós de Escalante posee sin disputa.

La condición de poeta, señalada por nosotros al principio en el ilustre «Juan García», se advierte sobre todo, a nuestro juicio en la suprema belleza de las descripciones, en la facilidad para hacer intervenir las fuerzas de la naturaleza en la acción novelística. Alguna vez hemos señalado esto mismo en Pereda, al hablar de «Peñas arriba». En «Ave, Maris Stella» el capítulo de la riada del Saja tiene esta excelsa virtud. Algunos han señalado este desenlace violento de la novela como un defecto. Nada más erróneo a nuestro parecer. El ambiente y el paisaje son elementos que desde la primera página viven e intervienen en «Ave, Maris Stella». La crecida del Saja llega naturalmente, presagiada de una manera artística. Lo grave y lo ilógico sería que no se verificase. Antes de llegar a la vista del río sabemos que vendrá barroso, turbulento y desbordado. No nos lo ha dicho el autor. Lo sabemos porque vivimos en aquel valle, porque tenemos noticia de sus accidentes y la frase: «¡Bueno vendrá el Saja!», que se repite varias veces durante el capítulo, nos sacude con un estremecimiento temeroso. Oímos a lo lejos, merced a esa sencillísima exclamación, el rumor imponente del río. ¡Y qué

suprema belleza en la descripción de las aguas asoladoras! Para nuestro gusto hay pocas páginas de mayor hermosura en toda la producción de Amós de Escalante.

No podemos advertir entera la personalidad de este autor sin referirnos a otro libro grande de los suyos: «Costas y Montañas. Geografía artística y única de la provincia de Santander» es este libro interesantísimo. La comprensión total, la fusión del paisaje, la historia y los monumentos se realiza aquí con fuerza poética y evocadora. Reúne Santander para servir de tema a un libro de esta índole condiciones excepcionales. Belleza natural, grandiosidad, remotas tradiciones históricas y literarias, costumbres añejas que se conservan puras, nobleza y entereza de carácter, viejos monumentos artísticos, restos de grandeza hidalga. Amós de Escalante estaba preparado para sentir todo eso y fundirlo en un gran ideal, en un amor profundo que le diese unidad íntima. El alma de los montañeses es esta unidad. Y Amós de Escalante, caballero montañés, hidalgo, cristiano viejo, honrado y leal hasta dejarlo de sobra, no tenía más que exprimir su propio corazón para que los sentimientos de la clara estirpe montañesa destilasen en concentradas gotas en el vaso de oro de un insuperable estilo.

Tal es el insigne literato Amós de Escalante que llevó su modestia al extremo de ocultarse en el seudónimo de «Juan García». La Montaña sabe honrar a sus hijos y seguramente rendirá un homenaje de cariño y gratitud al autor de «Ave, Maris Stella», en su centenario. Pero hace falta más. Toda España debe estar presente en esas honras porque Amós de Escalante es un español preclaro.

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ



# EL SUEÑO DE JUAN DE HOZNAYO

(FANTASÍA QUIJOTESCA)

Rendido a la fatiga estaba mi cerebro, a hora bien avanzada ya de una noche en que daba los últimos toques de dicción y estilo, en prosa castellana, al «Sueño de Escipión», obra de las más interesantes, por lo entonada y bella, que el más claro orador de la vetusta Roma nos legara. Hay en esa peregrina «fantasía» primores de idealidad, y por ésta y por su caliente estilo, la prosa ciceroniana remóntase a las alturas y allí resplandece como los cielos de espléndida luz que nos describe, y con chispas y lumbres que para sí quisieran más de cuatro poetas, antiguos y modernos.

Aquella idealidad ciceroniana había, cual baño espiritual, quitado de mi alma la roña que, de ordinario, se le pega de su contacto con el cuerpo.

Hablábbase por entonces del centenario de Miguel de Cervantes Saavedra; otro motivo de idealismo que venía a sacarme de las miserias de esta vida, para elevarme a las alturas donde

la luz del saber llueve,

·como dijo el imponente maestro Fray Luis de León, mi gran poeta.

Cogiόme, pues, el sueño y bien pronto mi espíritu, libre de las ligaduras de la carne mortal, comenzó a disfrutar del grandioso espectáculo que, en su vuelo de audaz ascensión, el espacio le ofrecía. No pasé muy lejos de la Luna: bien hubiera querido detenerme a contemplar de cerca sus melancólicas soledades. Reinaba en toda ella un silencio de muerte, semejante al que un día, quizá no muy lejano, según nuestra locura ha decretado, ha de reinar en la tierra, cansada al fin de presenciar tanta lucha fratricida!... Pero fuerza misteriosa que mi espíritu empujaba había suprimido, por decirlo así, aquella estación de tránsito, y quedéme con las ganas de saber, por lo menos, si en el poético valle de la Muerte, había algún resto de armas que me explicase aquella temerosa a par que atrayente soledad. «Lo siento mucho—díjeme;—otra vez será».

Ya habréis notado, caros oyentes de mi alma, que, en aquella ascensión, no intervenían artes mágicas ni escobas de brujas detestables, ni más que esa hermosa facultad que goza nuestro espíritu de hacer, como vulgarmente se dice, *de las suyas*, en puras visiones que durante la vigilia védanle los groseros sentidos.

También debo advertir que, de ordinario, no me gusta soñar. Y eso que a veces (¡cuán pocas ya!) sueño que aquella divina optación de Cristo: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! se ha cumplido; que ya todos somos hermanos y la Humanidad una sola familia, pero familia (entiéndase bien) bien avenida, sin lindes ni fronteras, que sean hormiguero de pleitos y sanguinarias y salvajes luchas; que ya no hay tribunales ni guardia civil, no porque los unos y la otra sean malos, sino porque una ley interna, y no escrita para no ser causa de interpretaciones polémicas, ni de vociferaciones ni desórdenes, nos habla, desde el fondo de nuestra conciencia cristiana, y nos dirige a todos por el camino del bien. Oh sueño delicioso!... Pero, ay, qué despertar!... Oh dolor!

El sueño de que ahora os hablo, llevόme, como veis, muy por encima de los famosos «Cerros de Úbeda».

Con vertiginosa carrera caminaba hacia la «Vía láctea», templo espléndido que a mis ojos se ofrecía, donde estuvo Escipión, aquel grande amigo de Numancia, que hizo, contra todo su natural tierno y bondadoso, el sacrificio de arrasarla para hacerla inmortal. Desde allí pudo el célebre capitán romano contemplar la pequeñez del planeta que habitamos: desde allí también quería verla yo. Pasé, pues, por los espacios interplanetarios: allí vi a Epicuro, el filósofo forjador de admirables sentencias y máximas de vida que, sin embargo, no acertó a basar sobre fundamento sólido un sistema de filosofía, digna de la criatura racional.

Estaba el hombre al lado de sus dioses, con razón tildados de holgazanes por vivir entregados al *dolce far niente*, según él mismo nos dijo.

Y subel... subel... por aquellos cielos que a mí me seguían pareciendo azules, a pesar de la ciencia que los considera negros, cada vez veía más cerca esas maravillas de la creación que llamamos astros, cometas y planetas. La «graciosa estrella de Amor» seguía su carrera sin detenerse en parte alguna, para llegar antes que el sol, a oriente, bañada en la suave y difusa luz del alba. A punto estuve de «meterme a poeta» y sonetearla en competencia con la platónica inspiración que el Dante o Petrarca no hubieran desdeñado... Mas mi espíritu era ya viejo para tamañas aventuras que demandan no escasas lozanías de viva y fresca imaginación... Fuera de que una emoción, cada vez más creciente, iba apoderándose de mí, en términos de atajarme la palabra. Callé, pues, y proseguí ascendiendo!...

Los innumerables cuerpos celestes que, llenos de luz, vibrantes de hermosura rodaban por el éter, produciendo dulcísimas harmonías, cautivaban a la vez, vista y oídos. ¿Cómo daros un traslado de las mil maravillas que Dios con su «fiat» puso allí, en un acto de soberana omnipotencia? No puedo hablaros de los infinitos mundos que ya, con mi ascensión, iba yo descubriendo y que nunca desde la tierra pudieron observar los más potentes telescopios. Abismado en la contemplación de tanta grandeza y majestad, de tan inesperadas maravillas, Júpiter con su lucido cortejo de satélites, Saturno con sus misteriosos anillos, que desde la tierra contemplé más de una vez atónito, y ahora se me ofrecían en clarísima visión sin telescopio medianero, pareciórmee a guisa de pobre ensayo o tanteo de obra hermosa. El propio Sirio, sol chispeante que vence a la claridad crepuscular, con su lumbre de perlas, había depuesto su tradicional soberanía para reconocerla en otros soles que en número infinito Dios sembrara, a mano abierta, en la sublime inmensidad de los espacios. Mas ¡ay! que rompiendo esta harmonía sonaban también notas discordantes: Marte, rojo de ira, fatal, como siempre, a los mortales tronaba ahora como nunca, haciendo vomitar a sus obuses la metralla que en forma de millones de bólidos dejaban surcos de luz y fuego en los espacios.

Lo horrendo de esta visión y el haberme dado cuenta, además, de las alturas a que había subido, llenáronme de espanto y comencé a dar voces de ¡socorro!... favor!.. que me asesinan!... que me caigo!... y otras a ese tenor, tan descompuestas, que las estrellas todas participaron de mi emoción y algunas vi cuya luz, espléndida siempre, ahora más que nerviosa titilaba.

Para mí que llegaron a interesarse por la suerte de un pobre advenedizo que, en su inconsciencia de durmiente sin sosiego, fué osado a escalar aquellas etéreas regiones, reservadas al mortal que hubiese liquidado, sin «déficit», su cuenta corriente, en este bajo mundo.

Maldecía yo la hora en que se me ocurriera emprender una excursión, nacida de inoportuno curioseo, y que, en lo audaz, ponía en ridículo las de los más famosos «zeppelines», y seguí vociferando, a tono tal, que sin duda, podían oírme bien los más remotos habitantes del Cosmos: —«Conste, señores míos, magníficos señores, que para llegar aquí no usé de malas artes!... En Dios y en mi ánima os juro, que no hice pacto con brujas ni con diablos. Cuando no tuviese yo razones de más peso para abominar de unas y de otros, bastárame la del bien parecer. Subyúgame, sin poderlo remediar, la Estética, y...! vaya si son feos Marizápalos y Satanás! Feos de veras y por añadidura mal olientes!...»

En esta y otras alegaciones, a cual más ahinda, andaban ocupados pensamiento y lengua, cuando he aquí que, volando a todo volar, y dejando en pos de su carrera un surco de chispeante plata, viene hacia mí un al parecer cometa, cuya presencia parecióme anunciar el último instante de mi vida. ¿Cómo no fenecí del susto?... Y eso que, en punto a amenazas de cometas, ya sé yo a qué atenerme, desde que el bravucón de Halley prometió, según algunos sabios, que se apresuraron a tranquilizarnos con tan fausta nueva, envolver en su venenoso ambiente a este infeliz planeta que habitamos. Aunque, a decir verdad, y dando a cada uno lo suyo, declaro, que no estoy yo bien seguro de que fuese el cometa el autor de aquella amenaza, y no los susodichos sabios que por entonces hubieron de sacar de quicio su habitual prudencia para darse el gustazo de asustar a buena parte de la pobre Humanidad, al nacer de una florida primavera.

Por sí o por no, ante todo, cerré los ojos; después, pasado el primer susto, abrílos, no sin alguna precaución, y... ¡oh dicha!... pude ver que el presunto cometa no era sino el propio heraldo de los dioses, el «simpático» Mercurio. Venía el mancebo radiante de hermosura, con sus aletas vibrantes y nerviosas que en el éter producían una melodía semejante a la que, en el cielo cristiano, arcángeles y serafines arrancan de sus arpas de oro para arrullar el «sueño de la beatitud». No sin asombro de hallarme en pleno paganismo, díjele, antes curioso que asustado:

— Bien hallado, hijo de Maya: ¡Quién pensara hallarte vivo aún en estos parajes, después de la ruina del Olimpo!... Dime: (y perdona, pues ya sabes que el tuteo es clásico) ¿qué fué de vuestro Zeus?

— Zeus (mentira parece que lo ignores) hoy es Dios. Ya entre nosotros los helenos, era el dios soberano...

— Ciento, cierto; perdona mi distracción... ¡Pregunta más impertinente!... ¿Y la iracunda Juno, qué fué de ella?... qué de la caterva de dioses de ambos sexos, a quienes serviste fiel?

— Esos, fracasaron; quiero decir que quedaron cesantes desde que sonó la hora en el Calvario.

—Y tú ¿cómo vives aquí? ¿a quién sirves? Tu hábito es el mismo; esto me extraña... ¡y aún sigues con el mal gusto de llevar ese dichoso caduceo que, francamente, me hace poca gracia. Esas culebras enrosadas... me dan miedo!...

—No hay para tanto; son tan inofensivas...! Cuanto a mí, disfruto de mi cesantía, con el privilegio, premio de mi fidelidad y diligencia, de correr a mis anchas, de acá para allá, y aun de disfrazarme cuando quiero, de Cometa, envuelto en mi gasa de materia cósmica, sutil, para ser pesadilla de astrónomos y espanto de las viejas... Pero, a todo esto, ya se me olvidaba (¡cosa rara en mí!) decirte a qué he venido. Escucha: «*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre tampoco yo quiero acordarme; (por no descifrar un secreto que en tu patria seguirá dando que hacer a más de cuatro vagos, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...)»*

—Y bien...?

—El tal hidalgo, llamado, de cuerdo, Alonso Quijano y cuando loco, Don Quijote, se puso bien con Dios y murió cuerdo... a última hora.

—Ciento!

—Pues bien; has de saber que, apenas cerró el ojo y subió acá, volvió el hombre a sus andanzas... Y como oyese antes tus gritos, creyóse obligado, en ley de la andante Caballería, a acudir en tu defensa. Y a eso viene; mírale, ahí le tienes!

Y, en efecto, caballero sobre Rocinante, con la consabida lanza en su diestra, alta la visera, y seguido de su fiel escudero, apareció a mis ojos asombrados el que para siempre llenó el mundo con la fama de sus locas hazañas. Y así como le ví, mis labios, trémulos de inefable emoción, prorrumpieron en esta salutación entre piadosa y triste:

—¡Salud y gloria! —exclamé— al valeroso caballero de la Mancha, al limpio espejo de la andante Caballería de mi Patria! Mas... ¿cómo en ese arreo? ¿Otra vez a las andadas? ¡Por la panza de ese tu fiel escudero, que me huelgo de haber topado contigo otra vez loco, antes que con el cuerdo, cuya postrera plática nos hizo derramar no pocas lágrimas de inefable ternura! Ah, y qué bien la recuerdo!

—Yo no!... yo no!...

—Quieres oirla?

—Holgárame dello, como de decilla holgárarse también vuestra merced.

—Gusto y recreación de alma pagada de dulces agasajos habrá la mía en servir a tan alto y poderoso caballero, como mi señor Don Quijote de la Mancha.

—Discreto sois, mancebo: yo os doy licencia con que refresquéis esta mi flaca memoria con la remembranza de otros días... Decid, decid...!

—Digo, pues, que yacías en cama harto mal trecho de triste vencimiento, asistido de tus buenos amigos el Cura, el Bachiller y el Barbero, amén de tu buen escudero Sancho Panza, que no se quitaba de la cabecera. Estos creyendo que la pesadumbre de verte vencido y de no ver cumplido tu deseo en la libertad y desencanto de tu Dulcinea te tenía de aquella suerte, por todas vías posibles procuraban alegrarte, diciéndote el Bachiller que te animases y levantases para comenzar tu pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga... Pero no por esto dejabas tus tristezas...!

—Extraño relato, a mi fe...! Nada se me acuerda. En Dios y en mi anima, que vame dando un tufillo de que no estás en tus cabales...!

—Llegó el médico... tomóte el pulso y no le contentó mucho. Al cabo, díjote que por sí o por no, atendieses a la salud de alma, porque la del cuerpo corría peligro... Tu ama, tu sobrina y ese Sancho que hasta aquí te sigue y acompaña, porque tú y él sois alma y cuerpo inseparables, comenzaron a llorar tiernamente, como si ya te tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos te acababan. Rogaste tú que te dejases solo, porque querías dormir un poco. Más de seis horas dormiste de un tirón, tanto, que pensaron tu ama y tu sobrina que te habías de quedar en el sueño.

Despertaste al cabo y dando una gran voz, dijiste: «¡Bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres!»

Estuvo atenta tu sobrina a tus razones y pareciéndole más concertadas que tú solías decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóte: «Qué es lo que vuesa merced dice, señor? Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas, o qué pecados de los hombres?»

—«Las misericordias, sobrina—respondiste tú—son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como ya dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga afición y continua leyenda, los detestables libros de las caballerías....

»Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; quería hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no quería confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sansón Carrasco y Maese Nicolás el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento....

«Apenas entraron en tu aposento les dijiste:—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su

linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necesidad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino».

• • • • • • • • • • • • • • • • • • •

—¿Y sabes cómo oyeron tus buenas razones? Pues creyeron que alguna nueva locura te había tomado. Y dijo Sansón:

—«Agora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? ¿Y agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos!

—«Los de hasta aquí—replicaste—que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense—burlas aparte—, y óiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga ni testamento; que, en tales trances como éste, no se ha de burlar el hombre con el alma; y así suplico que, en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano».

Confesaste, hiciste testamento y mandas a tu ama y a tu sobrina, a Sancho... Lloraron tu ama y tu sobrina y, al verlas, comenzó Sancho a hacer pucheros.... Y en fin, llegó el último día, en que, entre compasiones y lágrimas, diste tu espíritu....

—¿Y quién contó a vuesa merced todo eso?

—Tu cronista arábigo-manchego Cide Hamete Benengeli, vuelto en romance por Miguel de Cervantes Saavedra, tan animoso como tú en épicas empresas, y tan aporreado y maltrecho, y calumniado como tú...!

—¿Qué es calumniado? Aún quedan—voto a tall!—en el mundo malas lenguas? Aún hay doncellas sin amparo, viudas sin valedor, entuertos que enderezar, deudas que satisfacer? Entonces, ¿a qué todas mis fazañas? mis noches en claro? mis vigilias...? mis empresas?... Si todo eso fué locura, según dice Cide Hamete que yo mismo confesé al morir ¿dónde, dónde está—vociferaba cada vez más exaltado—mi grandeza? ¿Quién la verá en esa mi vuelta a la razón, que dice Cide Hamete, para emplearla en cosas tan vulgares como hacer un testamento y dejar mandas a Sancho, a mi sobrina... que enternecidos lloran y gimotean pero sin perder por ello el apetito?... No!, no!, mil veces no! Quiero ser el loco y apedreado amparador de los galeotes, raza prolífica que en mis días llenaba y hoy también sigue llenando, por lo visto, el mundo de ingratos, follones y malandrines que se vuelven, de puro imbéciles y mal nacidos, contra su propio protector. ¿Qué importa? El bien, no ha de hacerse por

el bien? Y cuando no, para qué aquel ideal que caldea nuestro espíritu y le forja y le endura para el sacrificio?

Confieso que se me había pegado la locura del caballero manchego, llegando hasta pensar con él, que la famosa aventura estaba bien justificada, no ya en una perversión del entendimiento, sino dentro de la más austera moral determinista. ¿Qué eran, en efecto, aquellos galeotes? Unos tristes desventurados, víctimas de la desigualdad con que la naturaleza reparte sus dones y sus calamidades, cargando la mano de aquéllos en unos, de éstas en otros, hasta ponerlos en condición de ser inevitablemente ahorcados... Y qué representa Don Quijote en ese trance?

¿No es el principio de libertad en lucha contra la fatalidad? ¿No es la víctima de su propia virtud no limitada ni regulada por la cuadrícula de una realidad tiránica, opresora?...

En estas divagaciones dichas en alta voz, que suspenso escuchaba el caballero manchego, derramábase mi espíritu ya cansado de una tan larga sobreexcitación, cuando la luz del alba que por una ventana penetraba en mi aposento, hubo de despertarme.

Y como para empalmar el tema de mi sueño con impresiones de la realidad, llegaron a mis oídos grandes rumores, lejanos al principio, más próximos después, como de gentes que en tropel se acercan... Y no cesan de gritar:

—¡Muera Don Quijote!

—Sí; para vosotros estaba, insensatos! —pienso yo;— morir lo que cabalmente por su misma locura es inmortal!

VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA



## ODA A TORRELAVEGA

*Hay pueblos maravillosos de noble origen vetusto,  
que enraigados, como yedras, a su pretérito augusto  
consumen la dote histórica de su pasado ejemplar,  
como hidalgos peredianos descendientes de virreyes,  
sin modestia ni dinero para mercarse dos bueyes  
que aren los prados que cercan la casona secular.*

—  
*Viejos pueblos españoles, archivos de mil notables  
sucesos, cunas de reinas, de santos y condestables,  
que antaño fueron emporio de la audacia o del saber  
y hoy, con sus casas ruinosas y sus palacetes pulcros,  
son—anacronismos vivos—relicarios y sepulcros  
donde se estancó la vida luminosa de un ayer.*

—  
*Con el alma de rodillas, y el corazón descubierto,  
yo venero esos pueblucos, recuerdos de un tiempo muerto,  
lujosas joyas arcaicas del patrimonio español;  
mas me apena que estos pueblos no posean un estadio  
deportista o que carezcan de teléfono o de radio  
y desentone en sus calles el claxon grave de un Roll.*

*Triste sino el de esos pueblos—parásitos de sí mismos,  
sanguijuelas de su historia—a los que deja el turismo  
sus limosnas de propinas, porque puedan mal vivir,  
comparable al de esos hombres de esclarecido linaje  
que explotan sus apellidos, para quienes es ultraje  
trabajar y, sin embargo, no les importa pedir.*

—

*Mas tú no eres de esa estirpe, ciudad de Torrelavega...  
El viejo puebluco cántabro no murió en gloriosa brega,  
sino que de un salto espléndido se nos transformó en ciudad:  
ciudad de los Garcilaso, magnífica ciudad moza,  
tu nombre es el mejor lema que tu carácter esboza:  
TORRE, airón de altanería, LA VEGA, fecundidad.*

—

*Junto a tus viejos palacios, cálidos nidos de fénix,  
posa su geometría moderna el campo de tennis  
en triunfante maridaje de lo actual y lo que fué,  
y entre las pobres ermitas, como cirios colosales,  
las chimeneas fabriles, sobre altares de cristales  
y de ladrillos, hermanan a la Industria con la Fe.*

—

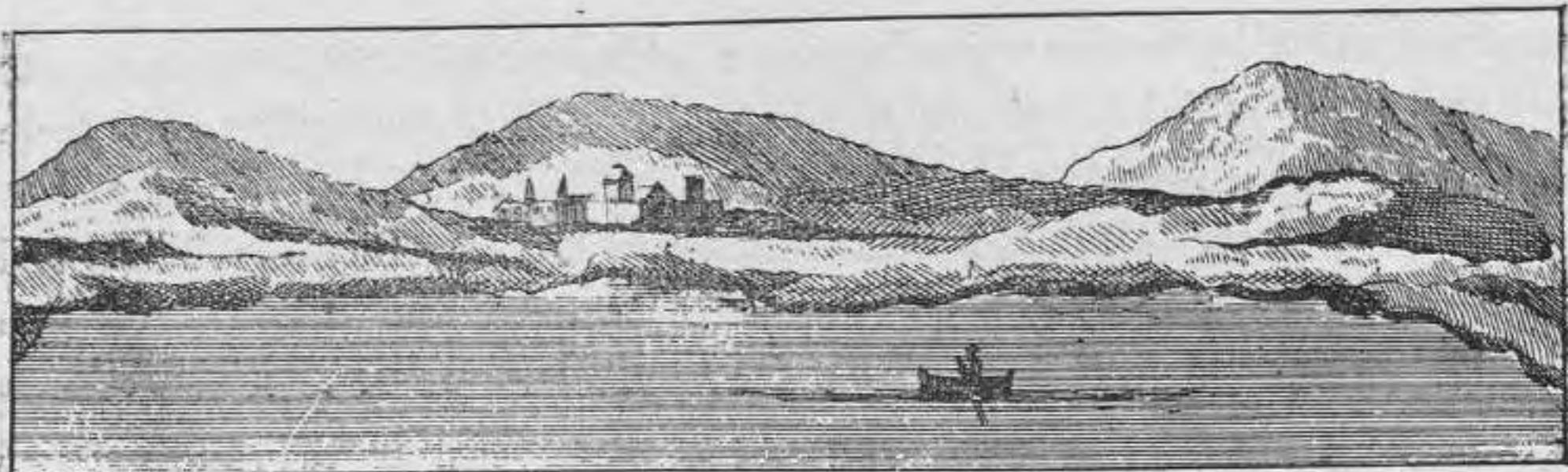
*Dios bendice tus destinos, pues tu presente de gloria  
no consiguió que olvidaras, como otros pueblos, tu historia,  
cual millonario a quien hace ser mal hijo su caudal.  
Dios bendice tus destinos: Torrelavega..., no en vano  
para estuche del tesoro de un Cristo de Alonso Cano  
quisiste hacer una iglesia con aires de Catedral.*

—

*Dios bendice tus destinos y te da, entre muchas cosas,  
los hombres trabajadores y las mujeres hermosas,  
porque seas el ejemplo y el florón de Santander,  
mientras el Besaya un himno dice al trabajo y la gracia,  
camino de Requejada, con la justeza y la audacia  
del índice de una brújula que te orienta en su correr...*

**IGNACIO ROMERO RAIZÁBAL**

(Del libro de versos «Los tres cuernos de Satanás», publicado en diciembre del 1931).



## LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

«LOS TRES CUERNOS DE SATANÁS», LIBRO DE VERSOS DE IGNACIO ROMERO RAIZÁBAL.—Con las primeras lluvias del invierno de 1928-1929 salió de las prensas tipográficas la edición numerada y para amigos de «Montón de besos», libro de poesías de Ignacio Romero Raizábal. En la nota en que al final del libro se consignan los otros de versos publicados por el autor, se prometía la aparición al público del que es objeto de esta inválida crítica en un plazo que demoró el poeta por motivos muy placenteros, muy justificados y muy conformes con la Ley de Dios y con todas las leyes. Al fijarse Ignacio Romero Raizábal el compromiso de ofrecer al curioso lector la colección de versos a que me refiero, su corazón podía entonar la «canción de Mambrú» (1), la cual sería inoportuno que repitiera hogañío, pues «no dudará hecho un ascua—de ansiedad—si vendrá por la Pascua—o por la Trinidad». Dentro del período en que lo prometido debía cumplirse, ganó la devota y excluyente atención del poeta la gentil compañera que le dió por suya Dios, mediante el Sacramento y la bendición nupciales, y este para él tan transcendental y grato acaecimiento apartó por muchos meses la mirada de Ignacio Romero Raizábal del libro que, formado en muy otras circunstancias, publica ahora en plena luna de miel que, según barruntos discretos, durará tanto como la vida sobre la

(1) Tal como a ella alude el vate en una composición poética publicada en «La Revista de Santander», número 1 del tercer tomo del 1931, página 15.

tierra de ese feliz matrimonio, las cuales vidas el Señor prolongue cuanto consienta la mortal envoltura del espíritu y prodigue sobre ella toda suerte de bienandanzas y de dones.

De los libros entregados a la crítica por Ignacio Romero Raizábal —y, a fe que pudo hacer la tal entrega confiadamente—el que más me place es el primogénito. «Un alto en el camino», impreso en Madrid en el 1925, contiene las más inspiradas, las mejor sentidas y hasta las con mayor perfección logradas poesías del fecundo artista santanderino: «La oveja de mi alegría», «Mi yelmo de combate», «Mi Virgen de estudiante», «Mi Novia Negra», «(¿...) Espejismo (...?)», «Mi rara enfermedad», la primera composición de la sección de «Álbumes», «El carnaval de las aves» y «La novia del mar», tengo para mí que podrían aceptarlas, con el mejor talante, como suyas los más ensalzables poetas montañeses que desde el siglo XVIII hasta los días corrientes han enriquecido la historia literaria regional.

No desconozco que un jugador severo señalaría, sin dar excesivo quehacer a su caletre, algunos peros a las citadas producciones—aunque a algunas de éstas repútolas acabadas en su género—y podría, sin intentar la ejecución de una obra de romanos, descubrir en varias de ellas influencias—que no restan la originalidad del fondo ni de la forma—de algún poeta español y del más brillante de los hispano-americanos; mas si no se echan pelillos a un lado, ninguno de los bardos de nuestra tierra conseguiría, de seguro, exhibir una compilación poética original que se librarse de una censura adversa, si ésta era minuciosa y detallista.

El *quid divinum*, la destreza en la versificación, la maestría en el manejo del ritmo—muy bien destacada por Ramón de Solano y Polanco en el prólogo, que después mencionaré—saltan a la vista del leyente pausado de las obras que Ignacio Romero Raizábal ha publicado, con abundancia descomunal entre los vates montañeses del presente; si bien, ocioso es advertirlo, no en todas ellas rayan a igual altura aquellas facultades del poeta.

«La novia coqueta», prologada por Ramón de Solano y Polanco y puesta a la venta a fines de julio del 1928, no representa un avance con relación a «Un alto en el camino». Es cierto que todas las poesías del segundo libro son superiores a varias del primero, pero no pocas de éste sobresalen del total de las de aquél. En *El Cantábrico* de 6 de

septiembre del 1928, hice una crítica de «La novia coqueta» que, aunque torpe y desvalida, sigo teniendo por vigente juicio mío respecto de su objeto, y a ella me remito para no alargar innecesariamente esta nota.

«Montón de besos» no brinda ahora labor a mi mano, porque por haber sido editado para amigos no podrá acuciar fundadamente el deseo de tenerlo en los que no lo sean y porque prefiero—y esta es más convincente alegación—reservar todo comentario sobre el tal libro hasta otra ocasión, si Dios me permite alcanzarla, dándome vida y tiempo libre para ello.

«Los tres cuernos de Satanás», colección flamante de versos, precedida de una epístola de José del Río Sáinz, tiene de todo o, por lo menos, de mucho. En la cubierta hay una adecuada y atinadamente decorativa ilustración del inspirado dibujante santanderino a quien puedo nombrar «mi dibujante» porque tuvo la amabilidad de trazar un retrato mío: Justo Colongues Cabrero, cuyos son también los otros dibujos que, interceptando varias hojas del texto, avaloran el libro. En prosa ha escrito mi fraternal trovero la dedicatoria de la edición, ofrendada ¿cómo no? a su bella esposa María Rosa Arche en un jugoso escrito en el que expresa el motivo de la publicación que, buscado en su sustancia, viene a ser éste: «Su contenido escabroso tendrá un alto valor documental para nosotros dos el día de mañana. Ya lo verás después (quiera Dios que un «después» de muchos años), cuando en momentos de apacible ocio, como contraste y cruz de los versos manchados de este volumen, en que se glosa sólo motivos decadentes y enfermos, veas mis libros sucesivos, inspirados por tí, consoladoramente blancos de optimismo y de risueñas perspectivas». También en prosa, como indicación relativa a los versos que forman el último libro de los cuatro en que se divide «Los tres cuernos de Satanás», ha trazado unas líneas el autor; explicativas de la edición a los cuernos satánicos de un rabo y de las poesías que bajo el título «Historia de un amor» integran el libro tercero.

En el libro primero se destaca, para mi gusto, la «Evocación de Monte Carlo», canto precioso en el que el poeta expone la desilusión que le produjo la visión del afamado y distinguido barrio de Mónaco, no por otra razón que por no satisfacer lo que siendo niño y ya poeta había imaginado sobre lo que es «Catedral del dios Azar-Universidad, Hogar, —Palacio y Sede del Juego». Si cuando niño el vate imaginó supe-

rior de lo que es a Monte Carlo, al ser hombre ha demostrado que no sólo sabe imaginar poéticamente, sino cantar como un trovador esclarecido.

Construidos de modo cabal están los sonetos «El sablista simpático» y «La cocotte enferma». Gracia, en la mejor aceptación estética del vocablo, tiene «La poesía de los números», y singular agilidad la «Letrilla de la vieja presumida». Una composición bien elaborada es «La última cosa que se empeña», en la que refleja alguno de los aspectos tristes del escenario casinero. «Medalla de la bella que pierde» es una poesía hábilmente ejecutada por «Anverso» y por «Reverso», si bien el autor se ha dado alguna facilidad como la de optar por escribir yanque en lugar de yanqui para la ventajosa busca del consonante; otros defectos de forma se observan a primera vista y que sólo se exculparían los defensores de la llamada ortografía racional, y puesto ya a hablar de deficiencias no silenciaré que, por lo que se ve en la tal composición, no obtendría una calificación halagüeña en la formación del plural de los nombres franceses terminados en s.

El libro segundo, cuyo encabezamiento es «Aguas fuertes de cabaret», es, para mi gusto, inferior al primero. Prescindiendo de los asuntos, sinceramente condenados por el autor en la «Dedicatoria» y de los que pudo decir con el célebre Arcipreste: «E Dios sabe que la mi intención non fué de lo fazer por dar manera de pecar nin por mal dezir... (1), la inspiración va, en general, muy a ras de tierra, sin que la factura logre sacarla a flote. Los temas, muy manidos en la literatura contemporánea, ofrecen estrecho cauce a la originalidad. Dentro de ésto y de aquéllo descuellan en este libro «El cabaret, lugar de penitencia», «La tanguista guapa», que es un lamento sentidísimo, «La más triste de todas», soneto en el que está bien conseguido el contraste, «La amiga de las otras», soneto en que los ocho primeros versos están rimados en serventesios y que es una aceptable estampa del tipo morboso a que se refiere, «La bailarina de los diez y seis años», en la que logra dar simpatía a quien con más edad no la tuviera tanta.

La lección de los dos primeros libros de «Los tres cuernos de Satañás» trae a mi recuerdo lo escrito por Menéndez y Pelayo sobre nuestro

(1) «Clásicos castellanos. Juan Ruiz, arcipreste de Hita. Libro de Buen Amor. Edición y notas de Julio Cejador y Frauca. Madrid... 1913», página 13.

Evaristo Silió, «El alma de Silió era creyente y hasta fervor religioso se advierte en los poemas de que luego hablaremos, pero en el tiempo que residió en Madrid no logró sobreponerse del todo a la atmósfera de escepticismo y descreimiento que en algunos círculos se respiraba» (1). Ignacio Romero Raizábal, varón devoto y católico, aunque sanamente mundano, a machamartillo, pudiera hacer pensar al lector que no estuviere en esto al cabo de la calle, que ha sido un completo bala perdida, participante en bacanales con cantoneras, juerguistas y tahures. Disparatada sería tal concepción de nuestro poeta; mas si con habitualidad no fué concurrente a los lugares en que los indicados asuntos de algunas poesías se desarrollan, necio sería negar que los conoció de vista y por presencia, estimulado, como Silió en sus dudas, por el ambiente madrileño, primero, y por los viajes de recreo más tarde.

El libro tercero es de más agradable lectura, en general, porque la poesía, digan lo que quieran los que ahora y los que antaño hayan opinado de contrario modo, es una manifestación de la belleza que guarda relación íntima con la verdad y con el bien y que solo alcanza la perfección plena cuando, sobre bella, satisface al entendimiento y complace a la voluntad rectamente dispuestas. La poesía grata a los sentimientos, pensamientos y voliciones morales, puede quedarse, si no llega a ser bella, en graciosa, mona, consoladora o bien intencionada; pero la que marcha al retortero de lo vitando, si la genial habilidad del poeta no la adereza con especiosas galas exteriores, sólo podrá ser gustada sin asqueamiento o sin fastidio por los que tuvieren degenerado el paladar, ancha la manga y estrecho el ánimo.

A este libro pertenecen numerosas composiciones, ingeniosas muchas, galantes algunas, nítidamente amorosas la mayor parte. Una loable y cordial ternura, comunicada al lector en poema hecho con evidente naturalidad, en el que lleva el título de «Carta de novios, sin «vidas mías» ni «chiquillas de mi alma». La imaginación de Ignacio Romero Raizábal, de cuyo poderío creador puedo dar fe mejor que como lector devoto de sus versos como asiduo tertuliano suyo, se puede entrever en «El montón de momentos», por ejemplo. Los madrigales de esta parte de «Los tres cuernos de Satanás», llevados algunos en las valiosas vasi-

(1) «Poesías de Evaristo Silió, con un prólogo de M. Menéndez y Pelayo. Valladolid... 1897», página XXII.

jas de hermosos sonetos, servirían, si otros ostensibles méritos no lo hicieren superfluo, para acreditar la egregia aptitud poética de mi querido amigo y admirado artista.

En el cuarto libro, que se inicia con una poesía que a su madre dedica el poeta—siendo la mejor de las que con igual dedicatoria ha compuesto,—recoge diversas trovas escritas en álbumes o en ofertas de sus libros de versos a lindas jóvenes y a bellas damas montañesas o de la colonia de nuestros veraneantes, entre las que, haciendo yo de oficioso cronista, recuerdo: a la malograda Menchu Tijero, a Monserrat Mirapéix de Cubría, Berta Cabeza de Abascal, Carmen Martínez de Calderón, Adelita Ruiloba, María del Pilar Suárez-Inclán y Sanjurjo, Elviritा Suárez-Inclán, María Teresa Bannatyne, Josefina Cabeza y Rosa Emilia Zorrilla.

«La oración a Santa Rita, abogada de imposibles» es digna de ser destacada como muestra de facilidad constructora del poeta, el cual pone de relieve su donaire en la «Oración a San Antonio, pidiéndole una novia». Las composiciones que merecerán, seguramente, mejor calificación de la crítica, son «La señorita del Hispano rojo», serranillas que no desmerecen de las de nuestro marqués de Santillana (1) y la «Oda a Torrelavega» publicada en esta revista.

Para fecha próxima prepara Ignacio Romero Raizábal una colección de versos con la que dará nuevo tributo, prez y lustre a la Letras montañesas. Quiera Dios que en lo venidero, acrisolado su espíritu en el hogar conyugal, encamine el poeta su inspiración, sin abandono de otras vocaciones, por los motivos que con exuberancia presenta nuestra privilegiada región montañesa, y que continúe, siga y mejore, si Dios es servido, la tradición de cariño a la Tierruca que a los más gloriosos artistas de nuestra provincia ha enaltecido, enalteciéndola a su vez y proyectándola en toda su hermosura y esplendidez a los ojos de sus naturales y a la curiosa mirada de los extraños.

JOSÉ MARÍA G. RODRÍGUEZ-ALCALDE

---

(1) Nuestro, por ser montañés su título nobiliario más conocido y por el claro linaje de su madre doña Leonor de la Vega.

## La Hispano-Francesa

Colchonería y Lanería Higiénica

Gran Premio en la Exposición Internacional de Zaragoza de 1908

Abastecedora de la Compañía Trasatlántica española

Precios sin competencia para hospitales, hoteles y buques

Venta y reparación de colchones de lana, crín animal, miraguano, borras blancas y de color, lana de corcho

Máquinas especiales para cardar lanas y crines

Wad Ras, 2 Santander

## - GRAN HOTEL - ROYALTY CAFÉ-RESTAURANT

Director Propietario: JULIÁN GUTIÉRREZ

Avenida Galán y Hernández. Telf. 2017.-SANTANDER (ESPAÑA)

Confort moderno :: Ascensores :: Cuartos de baño :: Calefacción :: Aguas corrientes :: Restaurant renombrado, con servicio a la carta y por cubiertos :: Salón de té :: American Bar :: Domicilio social de "Rotary Club"

## PLUMAS PARKER

Cuando necesite Vd. una pluma estilográfica, vea las de esta marca y después de comparar con otras, decidase por la que le ofrezca más garantías . . . . .

Venta: LIBRERÍA MODERNA  
Amós de Escalante, 10.- SANTANDER

## GRANDES

ALMACENES DE DROGAS, PRODUCTOS QUÍMICOS Y FARMACÉUTICOS

## E. PÉREZ DEL MOLINO, S. A.

Especialidades farmacéuticas : Perfumería : Fotografía : Ortopedia : Cirugía : Pinturas : Brochería :

## SECCIÓN LABORATORIO

Inyectables : Apósticos y Esterilizadores : Análisis clínicos :

SANTANDER - MADRID -

Apartado 4 Apartado 4.035

## TINTORERÍA

## TIENTE ALEMÁN

COLORES A LA MUESTRA  
SÓLIDOS Y MODERNOS

• • •

LIMPIEZAS AL SECO  
EN 24 HORAS

## LUTOS EN 7 HORAS

DESPACHO: C. DE ARCILLERO, 4

PL. PÍ Y MARGALL, 1 - SANTANDER

JABÓN

# Aromas de la Tierruca

IDEAL PARA EL TOCADOR

La Rosario :: Santander

Carbones

lubrificantes

INDATOS

SANTANDER

LAS ASTURIAS DE SANTILLANA EN 1404

PUBLICADO

FERNANDO GONZÁLEZ CAMINO Y AGUIRRE

Un tomo en cuarto, 12 pesetas

DE VENTA EN LA LIBRERÍA MODERNA - SANTANDER -



## CABLES DE ACERO

SOCIEDAD ANONIMA "JOSE MARIA QUIJANO"

FORJAS DE BUELNA

ACERO MARTIN, SIEMENS.  
HIERROS COMERCIALES  
ALAMBRES DE TODAS CLASES  
GRIS, BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO,  
GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y  
ESTAÑADO PARA COSEN LIBROS,  
REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN, ETC

SANTANDER

PUNTAS DE PARIS  
TACHUELAS, SIMIENTE  
ALCAYATAS, GRAPAS  
ESPINO ARTIFICIAL

FUNDADAS EN 1873

ENREJADOS, TELAS METALICAS  
CABLES DE ACERO  
MUELLES, RESORTES  
OTRAS MANUFACTURAS DE  
ALAMBRE

# Viuda e hijos de Casiano Errarte



Efectos navales = Fábrica de cordelería  
= = y cables lubricantes = =



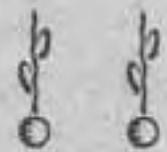
Calle de Méndez Núñez, 2  
Teléfono número 12-80

Santander

Telegramas y telefónemas  
Errarte

Sastrería  
Ontañón

Plaza de Dato (antes Príncipe),  
núm. 1, entresuelo. Teléfono 23-21



Santander

Monte de Piedad  
y Caja de Ahorros de  
Santander

Edificio central: Tantín, 1  
Subcentral: Hernán Cortés, 6

Sección del Monte de Piedad

Préstamos sobre alhajas, ropa y efectos. Créditos y préstamos con garantía personal, hasta 2.000 pesetas. Créditos con garantía de valores. Idem con garantía hipotecaria exentos del pago de derechos reales e impuesto de utilidades.

Sección de la Caja de Ahorros

Libretas a la vista 3,50 por 100. Idem especiales con preaviso de ocho días, 4 por 100. Los intereses son abonados semestralmente en enero y julio. Sellos de ahorro. Bichas para tener en poder del imponente

Sección de Retiros

Pensiones vitalicias y temporales. Idem inmediatas y dotes infantiles para los 20 o 25 años

**NUEVA  
MONTAÑA**  
SOCIEDAD ANÓNIMA DE HIERRO  
Y DE ACERO  
**SANTANDER**

Lingote al cok para moldería y afino ::  
Lingote manganesífero especial para  
hornos Martín Siemens :: Cok metá-  
lúrgico :: Sulfato amónico :: Benzol ::  
Solvent :: Naphta :: Naftalina :: Al-  
quitrán :: Brea :: Creosota :: Antra-  
cenio :: Cemento portland «Montaña»

\* \* \*

Tubería de hierro fundida verticalmen-  
te para conducciones de agua y gas

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS:  
NUEVA MONTAÑA - SANTANDER  
APARTADO DE CORREOS 36 — SANTANDER  
TELÉFONOS 1515 SANTANDER Y 3924 FÁBRICA  
— NUEVA MONTAÑA —

**AUTOMOVILISTAS**  
PINTURA Y CONSTRUCCIÓN  
— DE CARROCERÍAS —

**- TALLER -  
AUTO LACA**

DOCTOR MADRAZO, 28. — TELÉFONO 16-83

Instalación para la aplicación de  
lacas de nitrocelulosa :: Repa-  
ración y construcción de cajas en  
sus secciones completas de Chapa,  
:: :: Guarnecido, etc. :: ::

# La Revista de Santander

Publicación mensual de  
Arte, Historia y Literatura regionales

REDACCIÓN: BIBLIOTECA MUNICIPAL  
ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA MODERNA

Precios de suscripción: Año, 25 ptas. Número suelto, 3 ptas.

## TARIFA DE PUBLICIDAD

Plana completa:	un año,	450 ptas.	; medio año,	250 ptas.
Media plana:	»	250	»	140
Un cuarto de plana:	»	140	»	75
Un octavo de plana:	»	75	»	40